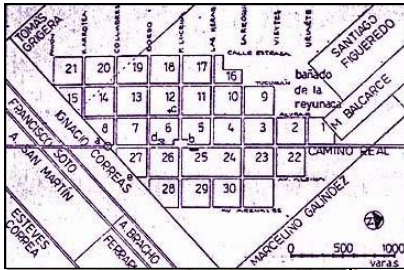
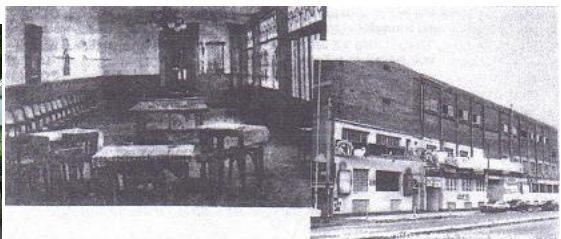
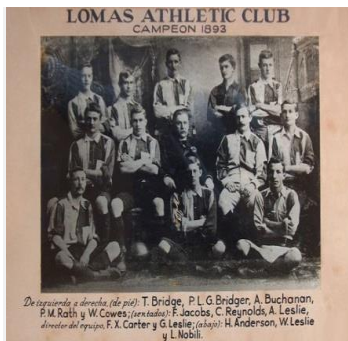


Escribano Carlos FERNANDEZ. Miembro Instituto Histórico Lomas de Zamora



PULPERÍAS, CAFÉS Y CLUBES DE
BARRIOS EN "LAS LOMAS DE ZAMORA"
RECOPIACIÓN



PULPERÍAS, CAFÉS Y CLUBES DE BARRIOS **EN LAS “LOMAS DE ZAMORA”**

RECOPIACIÓN

Antes de abordar la historia de las pulperías, cafés o clubes de barrio que poblaron estas “Lomas de Zamora” será necesario dejar sentado la necesidad de transcribir sus distintas historias como forma de plasmar cada una de esas realidades y que las próximas generaciones, como nos suele ocurrir a diario, no conozcan, por falta del material escrito, cuál fue ese pasado que si bien no se ha de repetir, forma parte de la historia de un lugar determinado donde se han conformado formas de vida y transcurrido la vida de sus vecinos. Para ello acudiremos al escaso material escrito y al casi extinguido relato verbal que se ha ido extinguiendo con el paso de los años, a los cuales se les debe precisamente estas historias de vida.

El barrio como espacio público abierto y participativo ha sido eje de la convergencia vecinal principalmente hacia mediados del siglo XX, pero tenía sus ricos antecedentes desde su iniciática historia, donde sus realidades se han visto reflejadas en sus calles como en sus instituciones públicas o privadas.

Las “Lomas de Zamora”, como tantas ciudades y pueblos de la provincia de Buenos Aires, ha sido cuna de imborrables pulperías, boliches, cafés y clubes de barrios a lo largo de su historia, y aún hoy resuenan unos pocos de ellos.

Estos espacios han sido, a lo largo de cada una de sus historias, refugio fiel para todo el que acudía a él, pero además adquiría un significado de identidad barrial.



Transcribiendo parte de un trabajo del historiador Felipe Pigna el mismo nos pinta este tipo de establecimientos rurales y suburbanos que “A diferencia de los bares rurales de los Estados Unidos, más conocidos como Salooms, centro de la mitología y la cinematografía sobre el lejano Oeste, su equivalente criollo, las pulperías, han sido relegadas por nuestra historia oficial a una especie de museo rural que evoca aquel sitio donde el gaucho “vago y malentretenido” iba a embriagarse, a buscar pelea o perder sus escasos pesos en la taba o en los juegos de naipes” o como “reducto de vagabundos y violadores, siguiendo la definición sarmientina de club de gauchos”.

Pero también existe otra mirada y así lo señala Pigna, que era el lugar “adonde concurrían los sectores populares rurales entre los que había igual ¿o menor? proporción de delincuentes y malhechores que en las clases “acomodadas” de la época. La pulpería era el único lugar de encuentro posible para el gaucho en la inmensidad y soledad de la pampa. Allí, como señala algún poema gauchesco, la gente comprobaba que podía seguir hablando, después de días y a veces meses de no intercambiar palabras, ni nada con ningún ser humano.

En algunas de ellas existían pistas de baile, e incluso pequeños teatros rurales como el que aún hoy se puede visitar en la pulpería “el Torito” en Baradero, provincia de Buenos Aires. El torito fue famoso por su ubicación, en el cruce del Camino Real que conducía al norte del país, y era el sitio de cambio de posta de caballos y de descanso de los famosos chasquis, aquellos bravos jinetes que oficiaban de correos. Era común encontrar estos bares de campo junto a las canchas de cuadreras y hubo una en particular que tenía un caballito de adorno junto al mostrador en referencia a su nombre y terminó bautizando al actual barrio porteño de Caballito.

En su terreno podía asistirse los domingos a las carreras cuadreras o de sortija, a duelos verbales filosos en tono de payada y a duelo de los otros, como bien lo retrata el Martín Fierro de José Hernández. Una de las primeras pulperías instaladas en nuestro actual territorio fue inaugurada por Ana Díaz, una de las mujeres que acompañó a Garay en la segunda fundación de Buenos Aires, allá por 1580. Lo poco que se sabe de esta mujer es que se trataba de una viuda de Asunción, posiblemente nacida en el Paraguay, y llegada a Buenos Aires con la expedición fundadora.

Su nombre está incluido entre los 232 beneficiarios del reparto de solares realizado por Garay. Su lote era el número 87 y ocupaba lo que hoy corresponde a la para nada despreciable esquina sudoeste de Florida y Corrientes. Pero en aquellos días era tierra marginal, ubicada en los límites de la traza urbana. Doña Ana habría venido para acompañar a una hija, y en la recién fundada aldea porteña se casó con un mestizo, uno de los tantos “mancebos de la tierra” que llegaron desde Asunción, llamado Juan Martín. Se la puede ver en el inmenso cuadro sobre la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay pintado por José Moreno Carbonero que adorna el salón blanco de la Jefatura de Gobierno de la ciudad capital. Allí está entre el estandarte y el rollo fundacional. Ana no imaginó, sin embargo, que donde ella instaló una pulpería, habría cuatrocientos treinta y un años después un “Burger King”.

Por el 1810 existían en la provincia de Buenos Aires (que por entonces incluía a la capital) unas 500 pulperías. Casi la mitad eran atendidas por gallegos. Una de ellas perteneció a don Francisco Alen (que en ese momento se escribía con “n” y no con “m”), abuelo de Leandro N. Alem, el fundador del partido radical. Las hubo rurales y urbanas y hasta algunas muy precarias, llamadas pulperías volantes, que se trasladaban siguiendo las cosechas. Las más sencillas sólo vendían aguardiente de caña, grapa, ginebra, vino, yerba, tabaco, sal, galletas y azúcar. El aguardiente era la bebida de mayor consumo, y la costumbre era llenar un vaso grande y convidarle a los presentes pasándolo de mano en mano y no era bien visto rechazar el ofrecimiento.

La mayor provisión de aguardiente provenía de San Juan y Mendoza. Al igual que lo que ocurría con la yerba mate de Misiones, la producción y comercialización estaban en manos de los jesuitas, que monopolizaron el mercado utilizando mano de obra indígena. El vino se vendía “suelto” y el que se tomaba en las pulperías era el Carlón, oriundo de Benicarló, provincia de Castellón, España. El vino era transportado en barriles de madera conducidos por carretas viñateras consignadas a mercaderes que realizaban la distribución a las pulperías. Algunos pulperos lo diluían en agua y lo llamaban Carlín o Carlete, y era vendido a menor precio. También llegaban vinos provenientes de Bordeaux, Francia, pero aquellos estaban destinados a las clases privilegiadas, al igual que el azúcar y las bebidas alcohólicas “finas”. La sal era utilizada básicamente para la conservación de las carnes en la elaboración del charqui.

En general existieron grandes restricciones al consumo de los denominados “vicios” con el objetivo de controlar el tiempo libre de los gauchos. Otras pulperías fueron verdaderos almacenes de ramos generales con una importante provisión

En esas “Lomas de Zamora” todos ellos lo hacían por el camino real (actual Hipólito Yrigoyen) u otros de los pocos caminos o sendas por los cuales se podía transitar. Hacia mediados del siglo XIX se establece el servicio de mensajería, única forma de estar conectado los distintos sitios del país. En 1854 se funda “Mensajerías Argentinas” que unirían la Ciudad de Buenos Aires con Chascomus, con una primera parada para descanso del pasaje y cambio de caballos en la denominada “Posta de Lario”, luego Posta “De La Botija”, como lo señala Norberto Candaosa en su trabajo sobre “Las diligencias”, ubicada en la actual Avenida Alsina, entre las calles Balcarce y Fonrouge, donde el pasaje y quienes conducían tenían a su disposición comida, bebida, y también guitarreada y taba para distenderse. Su construcción era un rancho con alero, con palenque y agua para la caballada. (Foto de Roberto J. Vicchio. “Lomas y su Gente”.)



Esa novedad comunicativa tuvo un gran impulso y otros recorridos, todos partiendo de Buenos Aires, llegaban a Cañuelas, Saladillo, Ensenada, Magdalena, Dolores, los pagos del Tuyú y Tordillo, desafiando todo tipo de contrariedades. Allí también nos encontraremos con otra Posta, la “Santa Rosa” en las hoy calle Molina Arrotea y Avenida Frías (ex Las Tropas), donde emergía, sobre una lomada, como referencia geográfica-botánica, su famoso ombú, trasplantado hace ya un tiempo con inusitado rejuvenecimiento junto a la pista del velódromo Municipal de Lomas, sobre Frías, en la parte trasera del Parque Municipal.

Con el paso del tiempo, con nuevos caminos más transitables y la aparición de otros transportes modernos como el ferrocarril o el tranvía, y más tarde los primeros automóviles, este tipo de lugares fueron desapareciendo, en tanto otros se convirtieron en una mezcla de pulperías con almacenes de ramos generales con despacho de bebidas, cuando el avance de lo urbano se hacía realidad.

Estas todavía desiertas “Lomas de Zamora” comenzaban a mostrar su lugares identitarios, entre ellos, el almacén con despacho de bebida.



La hoy céntrica esquina de Hipólito Yrigoyen y Pereyra Lucena, fue, en otros tiempos, en el llamado “Camino Real”, el inicio de lo urbano en estas “Lomas de Zamora” denominada “**Las tres esquinas**”, lugar iniciático de nuestra historia local, cargado de historias y leyendas. En ese predio, alto y ondeado, en el año 1852 se construyó su edificio (aunque en un estudio del Instituto Histórico Municipal de Lomas de Zamora se establece su construcción primitiva con anterioridad al año 1835) funcionando un almacén de Ramos Generales y despacho de bebidas, que continuando las tradiciones de las viejas pulperías, además de las compras diarias, era un lugar de solaz para los primitivos vecinos del lugar donde payadores y guitarreros exhibían sus bondades artísticas naturales, que les permitía proseguir con más energía esas travesías por campos desolados.

Ese paradigmático predio lugareño tuvo en sus primitivos dueños don Rafael Portela y don Juan Amestoy a quienes le dieron identidad al lugar, pues no solo se trató de ese tipo de establecimiento, sino que fue centro obligado de reunión donde se gestaría el futuro del lugar, con iniciativas como la construcción del templo parroquial, sobre la calle Sáenz en 1860, ceremonia presidida por el Gobernador Bartolomé Mitre. Pero también sería Escuela Pública donde con la inestimable ayuda económica de los propietarios del lugar dictaría clase la pionera educacional doña Catalina Rodríguez.

Allí también antiguos vecinos, entre otros Francisco Portela, Esteban Adrogué o Anarcasis Lanús, pergeñarían la Autonomía Municipal, que se concretaba en 1861, “La Pulpería de Amesroy” que originó más de una historia del lugar, sirvió de descanso por cerca de medio siglo a los viajantes que seguían la ruta al sur. Entre ellos el Padre Benito, de la Orden de los Franciscanos, recorría en un largo y esforzado viaje a caballo desde Buenos Aires, donde estaba situado su convento. Cada domingo que se dirigía a celebrar la misa dominical en “El Oratorio de los Grigera” situado a pocas cuadras, sobre la calle Rivera, paraba a tomar una copa con los parroquianos del lugar.

Años después este sitio que era recordado como “La Pulpería de Amestoy”, a cargo de la familia Ratto, tenía venta de forrajes, carbón, leña y cereales. Posteriormente llegaría su actual estructura edilicia con la construcción de la estación de servicio cuyo primitivo dueño sería “Rodolmio Brindisi”. En el lugar una placa indica que en ese lugar se originó el pueblo “Ciudad de la Paz”.



Los finales del siglo XIX y principios del XX serían propicios para el establecimiento de numerosos lugares de ventas de comestibles y despacho de bebidas. Sin establecer quizá prioridades podríamos partir del “**EI TROPEZON**”, ubicado en la intersección de las calles Paso y Tucumán. Era como se señala un almacén de ramos generales que tenía tres entradas, una por la calle Tucumán, otra en su ochava y la tercera, sobre la calle Paso, por la cual se accedía al despacho de bebidas.



Su vereda de ladrillos se encontraba cercada por palenques para sujetar animales y vehículos. Muchos antiguos vecinos como las familias Portela, Casalins, o Rezzano vivieron cerca del lugar, especialmente en la manzana rodeada por las calles Tucumán, Paso, Larrea y Almafuerite; que luego sufriría subdivisiones al ser loteado, donde Bautista Migliarino fue quien construyó el primer almacén, vendiéndolo posteriormente a José Regazzoni y este en 1914 a los señores Franjo y Máximo, Andrés y Camilo González que le dieron un gran impulso al establecimiento.

El lugar, frecuentado por los vecinos, tuvo en su vida algunas historias que fueron noticias en esos días, como cuando apareció asesinado un joven frente a la almacén, hecho que nunca pudo esclarecerse, y que dio lugar al dicho “cuatro tiros y a la zanja”; como otros anecdóticos relacionados con lobizones o la del hombre perro, muy comunes en la época.

Se ha señalado que la denominación del establecimiento proviene de “El Trompe” que en el lenguaje popular señalaba que sus altas y mal iluminadas veredas provocaban caídas a quienes pasaban por el lugar; en tanto que otros lo asociaban con el famoso “Tropezón” en la Ciudad de Buenos Aires, el famoso del pucherito de gallina y el viejo vino Carlón. El establecimiento cerraría en la década de 1960. Cerca de “El Tropezón” existían otras almacenes cercanas: “**El Sol de Mayo**”, ubicada en la esquina de San Martín y Francisco Portela, o el “**El almacén de Sixto**”, en Almafuerte y Grigera, lugares que contaban con palenques y criollos.



Dentro de ese radio geográfico podíamos encontrarnos con otro paradigmático boliche de la época como fue “**El Trípoli**” en la intersección de las calles San Martín y Castelli, frente a la panadería “El Cañón”, como se señala en el diario “La Unión” del 10 de abril de 2016.

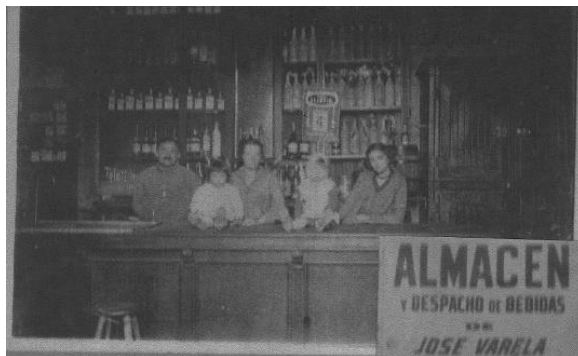


Castelli y San Martín

Sus dueños fueron Álvaro González y Antonio Rezzano, pero era explotado por Fermín Alfaro un reconocido pelotaris. Al café se accedía por la entada de su ochava donde los parroquianos se desparraban entre sus mesas y sus dos billares, contando también con un “reservado”. Ya, hacia el fondo uno se encontraba con las canchas de bochas.

El lugar era frecuentado principalmente por los vecinos, pero otros personajes, muchos de los cuales tenían cuentas pendientes con la justicia como “Sin Barriga”, “El Cebollero” o “El Inglesito”. La tragedia perseguiría a “El Trípoli” que en momentos aciagos para el país, hacia finales de la década del “20” sufría su propia tragedia cuando José Goya asesinara a los hermanos Moggia y poco tiempo después otras sangrientas peleas decretarían la defunción del lugar.

Otro reconocido lugar fue el **“Almacén-Despacho de Bebida de José Varela”** que data del año 1902 y que se hallaba ubicado en la intersección de las esquinas de las calles Loria y Díaz Vélez, con precisión en la calle Loria 902.



Al establecimiento concurrían tanto los vecinos que debían comprar sus comestibles como aquellos que pasaban por su despacho de bebida, todos atendidos con enorme cariño por don José como nos ha relatado alguna vez Haydée Varela de Fernández, vecina del barrio en la calle Gorriti al igual que sus nietos Lila y Daniel Fernández, el cual hemos citado como uno de los escultores de las estatuas de la Plaza Libertad.

A una cuadra de esta última, en la calle Gorriti llegando a su intersección con Álvarez Thomas, estaba el **“Boliche de Tarilo”** que también exhibió el paso de la llegada de “paisanos” a caballos que lo dejaban en el palenque, sobre Alvarez Thomas donde estaba la caballeriza, y al igual que los restantes fue almacén de barrio y despacho de bebidas.

Los vecinos del barrio recuerdan que dicho almacén y despacho de bebida fue iniciado en el año 1946 por la familia Giannastasio, con Jorge y sus cuatro hermanos Rosina, Nerucho, Marieta y José. Luego fue adquirido, como señalábamos, por Pancho Tarilo, con su esposa Tula y sus hijos Beba y Miguelito, el que recuerdo haber visto desfilar en las fiestas patrias del Centro Tradicionalista La Querencia con vestimentas de gaucho.



Cacho Zanaboni “alma de acordeón a piano” y maestro de enseñanza de todo tipo de instrumentos, con sus casi 90 años alguna vez nos recordaba que en memorables noches se juntaban guitarreros y cantores pero también quiénes ejecutaban el acordeón.

Más acá en el tiempo, también supo ser templo laico de otros personajes de Lomas como el “inglés” Mac Cormick, abogado de profesión, Toto Figueroa y otros amigos pertenecientes al foro, en esa época platense. El lugar cerró en la década del “60”. En su derredor estaban las quintas “La Pochocha” o la de Pedro Cid, la fábrica de sombreros Dursi, el almacén de Castillo o la carnicería de Brioschi.

Cercano también a la Plaza Libertad, a pocas cuadras, en la calle Boquerón al 400 entre Garona (antes Bartolomé Mitre) y Sixto Fernández, supo brillar en otras épocas otro almacén recordado no solo por los vecinos del lugar sino por otros que venían desde lugares más alejados para adquirir las famosas “facturas” que se vendían en “**Los tres hermanos**” que, fundada por su padre Domingo Di Giácomo continuarían sus hijos Alberto, Orlando y Fortuna.



El negocio, una antigua casa como las de antaño, poseía numerosas piezas, pero también patio y galpones donde se guardaba la mercadería. Ya, en el fondo el gallinero que albergaba pollos, gallinas, patos pero también ovejas, además de la caballeriza con los matungos y carros para el reparto.

En ese ámbito, en el techo del almacén colgaban salames, longanizas, chorizos o morcillas, que eran elaborados por los tíos Orlando y Fortuna, en tanto que Alberto (Titi) era quien atendía al público, y que con seguridad el abuelo don Domingo (el "Nene") se había encargado de atender el boliche que sus hijos, aún desactivado, seguían llamando el "salón". Como es de manual en estas tierras, un día ya no pudimos ir a comprar sopresatas, salamines, longanizas, chorizos o morcillas, y ese representante del vecindario bajó la cortina en 1982 dejando en la puerta, como testigo imborrable, el gato de cerámica con un ojo roto y moño rojo y el frasco de caramelos con forma de Papá Noel, como lo señala Fernando Torresi en "Lomas de Zamora 150 años".

Volviendo a la calle Gorriti a pocas cuadras de los Di Giácomo, y a cuatro de mi casa, una mañana de otoño de 2011, cuando el tibio sol resaltaba el tronco ubicado en la calle Gorriti esquina Monseñor Piaggio, charlábamos en la vereda de su casa con mi entrañable amigo José Bernardo "Nacho" Panetta, abogado de profesión, "arquetipo del barrio", con quien podemos decir junto al gordo Troilo "...quien siempre jugó de "jaz" izquierdo al lado mío...".



Esa casa que supo ser el legendario boliche "**Legui**" y ese tronco es lo que queda del palenque. Y como si fuera con el "Roxy" de Serrat, parecerían que surgieran voces y personajes que transitaban sus días y sus largas noches de naipes y de copas.

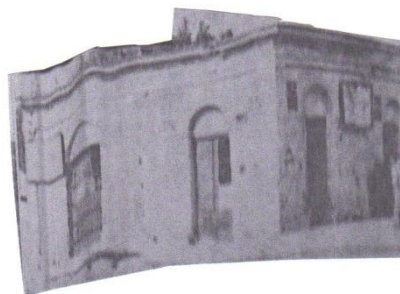
El inmueble antes de ser de su propiedad, perteneció a la familia Almela desde la década del “20” y funcionó allí un almacén de barrio con salón y sótano, al que se accedía por un zaguán. Luego se transformó en despacho de bebida en el cual recalaban personajes especiales muy queribles.

Muchas veces, me comenta, “...en el silencio de la noche creo escuchar esas voces y rememoro cuando aún era chico y especialmente en la adolescencia a tipos como Troncha, Tubito, Piloya, Cadierno o Pichi Jiménez que también fue cantor de barrio, o al “pasador” Ledesma...”.

La picota y el paso del tiempo no han podido borrar el recuerdo del “Legui” para aquellos que lo transitaron como tampoco la irradiación de su imán identitario para todos los vecinos del barrio, donde también a escasos metros sobre la misma vereda de Gorriti, ya hacia Bolívar, vivía nuestro también querido amigo y miembro del Instituto Histórico Municipal Edgardo “Cacho” Costa, al cual volveremos para reverdecer los laureles conseguidos en otros tiempos por la calle Laprida, pero esa es otra historia.

Como las que se desarrollaron durante muchos años, como también me lo recuerda “Nacho” Panetta, en otro boliche, el del **“Tano Genaro”** ubicado en las esquinas de Tucumán y Rivera, lugar al que concurrían muchos integrantes de la colonia italiana, acostumbrados a hacer honores a platos con carne no tradicional.

Muy cerca de su casa de Gorriti y Piaggio, ya en pagos “municipales” por cuanto estaba frente al edificio municipal donde actualmente se encuentra el Concejo Deliberante, en la famosa esquina “sin ochava” del sureste de Azara y Sáenz, nos encontrábamos con la famosa “pulpería-boliché” conocida como **“Almacén Broggi”** o **“El Estaño de los Iberra”**.



Para describirla nada mejor que acudir a los recuerdos que nos brinda don Luís Ángel Legnani en su reconocido trabajo “Un Lomas que yo he visto” Tomo I Editorial Lomas página 20, año 1980) “...Fue en el pasado uno de los estaños más populares, muy mentado entre los curdas de ley, y que todavía conserva las líneas arquitectónicas

de las primeras casas de la ciudad sin ochava, con rejas en las ventanas que llegaban hasta la vereda y tirantes en los techos. Últimamente era de Eustaquio Iberra, fallecido hace pocos años. Todas las tardes se sentaba en la puerta del viejo negocio ya cerrado, a dejar pasar la vida. Dicen que en los tiempos pasados, don Manuel Castro se apeaba de su carruaje a tomar una copa y charlar con los parroquianos, que era en aquellos tiempos forma de hacer política”.

Todavía funcionaba en la década de 1950, donde aún se solía atar algún caballo sobre el antiguo palenque sobre la calle Azara, el cual llegó hasta 1970. Como lo recuerda Legnani también lo hacen otros vecinos que rememoran que el lugar era frecuentado por el paisanado y políticos de distinto pelaje, donde “cocinaban” muchas decisiones políticas para el distrito, donde principalmente dejaron su impronta los diez hijos del viejo Iberra y hasta Borges, como homenaje a esa esquina sin ochava, a la cual palpó, la visitó en el año 1961 como un homenaje a quiénes reconocía como los “Jacintos Chiclanas” de estos pagos, y a quienes se suele afirmar había dedicado su “Milonga de dos hermanos”.



estudios Históricos creada ese año, que en 1971 se convertirá en el Instituto Histórico Municipal. En esa fecha Borges quiso conocer el almacén de los Iberra y en su charla recitó sus milongas y comentó sus entrañables recuerdos por este Sur del Gran Buenos Aires

Hoy, esas voces que nos vienen de un pasado fantasmal aún resuenan en el ámbito de un frío edificio horizontal.

También en ese ámbito para el encuentro de vecinos se levantaban antiguas casas de comidas conocidas como “fondas” o “bodegones”.

Por ello en este ítem de almacenes y boliches también los incluimos y allí no podía estar ausente la **FONDA “LOS VASCOS”**. Esos lugares siempre fueron refugio de aquellos que necesitaban calentar el cuerpo y el alma, especialmente en aquellos crudos inviernos y para ello estaba “Los Vascos” bodegón al que también concurrían distintas personalidades de la zona.



Su ubicación privilegiada de la esquina de Boedo y Acevedo, donde hoy se alza una conocida pizzería, fue construida hacia los finales del siglo XIX y allí, en sus comienzos se reunían los vascos lecheros de la zona, que serviría para estampar su nombre. Como señalábamos supo reunir gente del ámbito político, que entre medio de charlas y comidas hasta las primeras horas del alba eran el punto de reunión, de los personajes lomenses, y periodistas como Fernando Natero, Director del periódico “El Heraldo”, que exhibía en la primera página “Clausurado por la dictadura del General Agustín P. Justo”, frase que lo hiciera famoso. También solía concurrir don Luís Siciliano quien fuera Director por esa época del diario la “Unión” o Raúl A. Corbaccho, secretario de redacción del diario La Comuna, Raul Oscar Abdala periodista del diario La Prensa, el señor Delboy del diario La Unión, Ángel Díaz Caballero y don Carlos Nicora cuyos nombres llevan dos calles de Lomas de Zamora.

Esta fonda fue testigo de enormes tenidas políticas, más allá de sus comidas. Su primer dueño fue un vecino de Lomas, don Jacinto Viviane, pasando por varias manos hasta llegar al último que fue Alonso “Pepe” Colotti. Pero como todo pueblo tiene cambios, Lomas tuvo el suyo, y la fonda que comenzó a fines de 1800 con sus muros de ladrillo y barro, ya no tiene a los lecheros vascos, ni sus carros, ni los políticos, ni los periodistas, sino una “muzzarella de cemento” como graficara Chico Novarro a Buenos Aires en su obra “Nocturno a Buenos Aires”.

Si de bares y boliches hablamos no podía estar ausente su principal arteria, la calle Laprida. Recordamos que ella se extiende desde su estación de trenes y hacia el oeste logra traspasar el denominado “Camino Negro” hoy oficialmente “Juan Domingo Perón” en ese cruce. En su extensión ha tenido y tiene todo tipo de negocios, donde su desarrollo, especialmente hasta 1970 estuvo en sus primeras cuatro cuadras donde florecieron reconocidos establecimientos, aún sucursales que venían desde la Ciudad de Buenos Aires a tentar suerte en estos pagos donde, sus alquileres competían con la gran urbe y a veces las superaba,

como un sonado estudio realizado por el diario “La Razón” en relación con la opulenta calle Florida.



Para el estudio de los distintos negocios que surtieron esta calle nada mejor que acudir a los trabajos de nuestros queridos amigos y miembros del Instituto Histórico Municipal, el doctor Edgardo “Cacho” Costa y Federico Guerra (“Laprida y sus inicios junto a la estación ferroviaria” Lomas de Zamora - Antología Histórica Lugareña CITAB 2011 página 96 de ambos autores y “Te acordás hermano: La vieja Laprida?... Revista IHMLDEZ No 5 Junio 2015, del primero de ellos).



Además podemos agregar algunas consideraciones personales sobre la temática por haberla transitado en forma permanente, en tanto haber vivido en mi niñez en la calle Laprida 330 (lindero al Galpón donde estaba el diario “La Comuna” y posteriormente durante mi adolescencia solía visitar asiduamente dicho inmueble donde continuaba viviendo mi padrino Juan Medina, que trabajaba en la Zapatería “Manón” propiedad de Enemesio Sánchez, que primero estuvo en

Laprida 399 y luego sobre la misma vereda al 335, recordando que Nemesio fue también propietario de un reconocido restaurant, hacia 1960, en Saavedra y Garona.

Esa calle Laprida, en tiempos en que todos se conocían, era también la calle del pueblo de la famosa “vuelta del perro”, especialmente los días domingos. Todo ello nos ha de permitir ubicar bares, confiterías, pizzerías, bodegones, lecherías y demás lugares tradicionales de Lomas donde concurrían sus vecinos, en una época en que el tiempo se disfrutaba mucho más que en la modernidad, donde aquellos que trabajaban en una actividad industrial o de servicio lo hacía durante 8 horas corridas y el que realizaba tareas en el comercio también lo hacía en ese lapso, aunque en dos períodos de 4 horas cada uno.

Luego, cuando cada cual salía de sus diarias actividades cada uno de esos lugares, como también los clubes de barrios que abordaremos más tarde, se colmaban con aquellos vecinos que al ruido del cubilete, el juego de baraja o la charla amena disfrutaban de sus tiempos libres. Esos ámbitos laicos eran los analistas de aquella época simple, que carecía de muchos de los bienes materiales actuales pero que lo compensaba sobradamente con una enorme de calidad de vida.

Dicho ello deberemos adentrarnos en la numeración y ubicación de sus lugares más reconocidos que, como suele suceder siempre sufre alguna omisión pero que no hace al relato de este instituto.

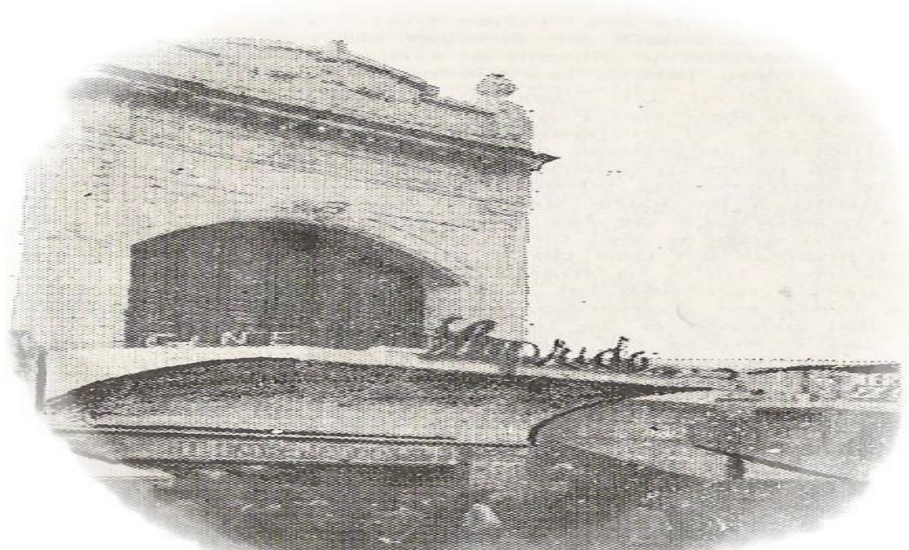
Aquel vecino que volvía de tareas en la Ciudad de Buenos Aires, al descender del tren, se encontraba en el número uno con el Copetín al Paso, como se llamó al principio y que luego se haría conocido como **“Bar Júpiter”** o **“Bar Uno”** donde, como recuerda Cacho Costa, paraba el “indígena” Tobilá. Cercano al mismo, en el número 15 estaba el **Bar-Lechería-Salón Familias**, y en el número 85 la famosa **“Confitería y Chocolatería Laporte”**, lugar que daba lugar a la concurrencia de la familia.

Enfrentados por distinta vereda, el número 80 estaba el **“Bar y Restaurante Jockey Club”** y en el 84 el otrora también famoso **“Café La Vasconia”** donde, como ya lo he señalado en distintos trabajos, paraba mi viejo junto a muchos de sus amigos de esas décadas del “20/30”, entre ellos Alberto Aducci que con el tiempo sería el famoso cantor y actor Alberto Gómez.

Casi en la esquina, en su intersección con Avenida Meeks, se elevaba el también famoso **"Bar Florida"**, que desaparecido daría lugar a la Sastrería Astur, y lindero la **Confitería de Juan Manuel Acuña**.

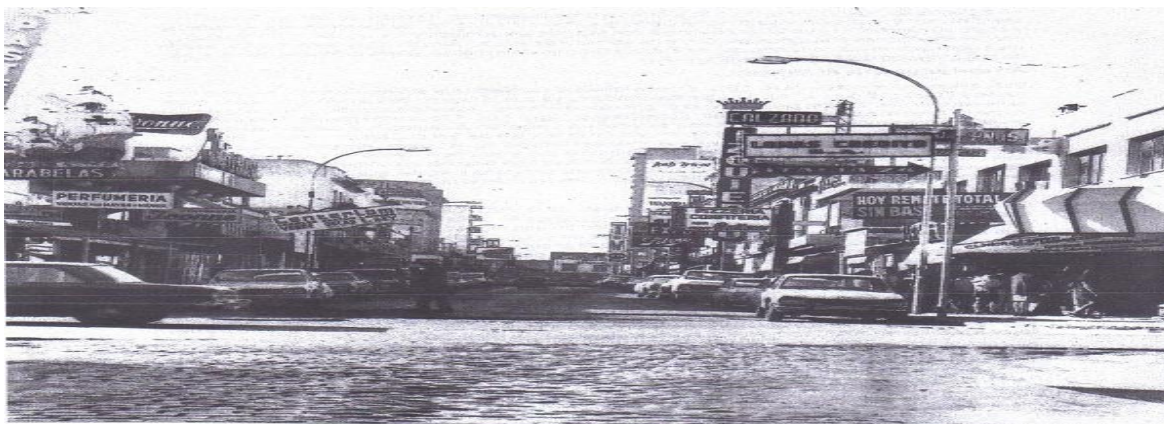


En el comienzo de la cuadra siguiente, en el número 113 estaba la recordada **"Pizzería Giusseppín"** a la cual acudían todos aquellos que pasaban por sus veredas y también los hábitos al siempre recordado y amado "Cine Litle" o "Cine Laprida". Avanzando, en el 137 se recortaba la **"Fonda Vascongada Española"** y enfrentado a ella, en el 148 el **"Restaurante La Plata"**.



El cine Litle Palace cuando se llamaba "Laprida"

Cruzando la calle España-Alem y llegando a la otra intersección de Acevedo-Italia, haciendo esquina con la primera de ellas, quizá el bar más paradigmático de esas décadas, principalmente las del “40/50”, el Café **“La Brasileña”** parada obligada de todo aquel típico lómense. Más tarde sería un local de pizzería muy famoso.



En la vereda par hallábamos en el 220 la Lechería y Chocolatería **“La Nacional”**, en el 224 la Lechería **“La Martona”** y en el 300 el Restaurante **“Milano”** o el **“Gran Café Bar”**. Esa también recordada esquina de Laprida e Italia luego sería ocupada por la famosa despensa **“La Estrella Española”** donde recuerdo a muchos de sus empleados, entre ellos un famoso **“galaico”** que todavía hoy lo rememoro con sus bigotes y su léxico **“castizo”**.

La cuadra siguiente no tendría muchos recordados cafés, solo en el 361 la Lechería **“Martona”** y en el 342 el **“Bar La Victoria”**.



Lechería La Martona.
Foto de 1908.
Esta empresa tenía locales similares en distintos barrios de la Capital y del Gran Buenos Aires.

Había que cruzar la entonces Necochea-General Rodríguez, para encontrarnos con el **“Bar Avenida”** en la esquina de la primera de ellas, otro recordado recinto donde concurrían muchos hombres de Lomas, por caso Ceriani, Acero, Acebal, Boetti, muchos de ellos miembros de **“Los Amigos de Lomas”** que poblaban sus mesas antes de comenzar sus diarias tareas o cuando regresaban de las mismas.

En derredor de esta zona también existieron numerosos lugares de encuentro, algunos cafés donde concurrían solo hombres, pero también otros lugares que fueron muy famosos en esos tiempos, que recibían a la familia, entre ellos como no recordar la cervecería **“La Munich”**, lindera al último de los cafés citados, sobre la calle Necochea que en épocas veraniegas, principalmente, desbordaba de vecinos que acudían a su interior o a sus mesas sobre la vereda para degustar sus famosos sándwiches de crudo y queso o de leverbuch, y saborear su refrescante cerveza tirada en su inolvidable estaño, la cual además, otros solían llevar a sus casas en sus famosas **“garrafas”**.



También supo albergar a numerosos vecinos de Lomas el bar de la calle Carlos Pellegrini esquina Boedo donde muchos jóvenes de esos tiempos, como mi amigo Daniel Streger, exhibían sus dotes billarísticas, en tiempos de los Navarra o Carrerita,

Otro lugar de encuentro también famoso en la década de los **“50/60”** fue el bar **“La Querencia”** en la esquina sudoeste de Gorriti e Italia. Allí recuerdo a un mozo, que antes había trabajado en el **“Bar Avenida”** llamado Julio con su porteñidad a cuesta y a quien fue uno de sus dueños, un querido amigo de mi padre y de mi casa, Vicente Roma **“Romita”** que fuera dirigente gremial en el ferrocarril y hombre del radicalismo lómense, el cual muchas veces pasaba **“unas**

vacaciones” en mi casa cuando se lo buscaba por algún problema gremial, en una época como la de los “50” recordada por su conflictividad sindical y política.

Con seguridad nos habrán quedado muchos reductos conocidos y de los otros, sin relatar, pero ello es propio de la memoria o de los pocos datos escritos. Por ello continuaremos en nuestro derrotero y acudiremos a otros lugares de estas “Lomas de Zamora”.

El “**Bar El Sol**” vino a suplantar la antigua tienda y mercería nacida con ese nombre a finales del siglo XIX, y allí entre esas paredes y sus mesas desaparejas quienes a él acudían podían ver el sol cuando aparecía por la calle Arenales..

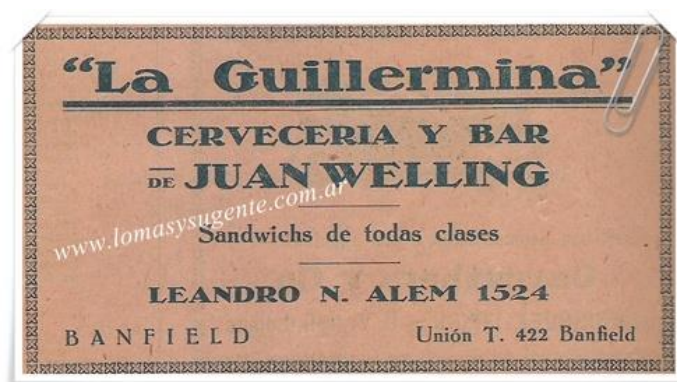


Ocupaban sus mesas tanto personajes de Banfield como vecinos del lugar, pero todos reunían esa mitología de los bares emblemáticos, al cual el adolescente quería penetrar, diría Discepolín, para aprender filosofía...dados...timba...y mientras tanto lo miraba de afuera como “a esas cosas que nunca se alcanzan...La ñata contra el vidrio, en un azul de frío,...Luego ya sería uno más de ese mundo mágico, con la amistad como estandarte con la mano extendida para el necesitado, y comprenderse en un espacio al que se vuelve como a su segunda casa, aunque siempre, como todos los cafés de esos tiempos, lugar exclusivo del hombre, aún cuando podía aparecer alguno con “Reservado” y mantelitos de colores como expresa un tango de Chico Novarro.

Como señalamos, el bar es un muestrario de distintas vivencias, donde se exhiben personajes de la política, del fútbol o del periodismo, junto al hombre común, y así se podía ver llegar a cualquiera de los Sola o a Valentín Suárez, quienes se codeaban con tanos, gallegos, o “turquitos”, fiel crisol de nuestra sociedad de fines del siglo XIX y principios del siguiente. También se

entremezclaban en la discusión cada uno con su posición ideológica o de una pasión, quizá superior, por su querido “Banfield” que portaban la mayoría.

Pero también se escuchaba cantar el tanto del truco o el tute cabrero como el sonido de las bolas del billar al entrechocarse, sin olvidar alguna generala o un juego de dominó, en tanto el humo del cigarrillo perfumaba, junto al aroma del café, todo ese ámbito laico de verdades a medias. Será innecesario señalar como todo ello es recuerdo de un pasado que no volverá, pero que sin embargo, para quienes los vivieron, los dejaron marcados con el orillo del haber formado parte de una época característica del país.



Pero si el Sol fue el café del lado Este de Banfield, el Oeste no le fue en saga con la famosa y recordada “**LA GUILLERMINA**” que, como lo señala el cartel que la identificaba, había nacido de la mano de don Juan Welling en la calle

Alem 1524, cuando finalizaba la década de 1920, y nos acercábamos al aciago año 1930.

Fue también uno de esos bares paradigmáticos de la zona el cual era frecuentado por jóvenes que comenzaban a practicar sobre el paño verde, donde existían varias mesas, pero también al que concurría para tomar algún vermú o un cafecito, como lo hacía a menudo el famoso y recordado cantor Julio Sosa, cuando vivía en Banfield, y en las horas de la siesta, cuando recién se levantaba, hacía su presentación en “camiseta y chancletas” a charlar con todos aquellos que ya sabían que Julio pasaba por las tardes. También su patio cervecero recibía innumerables personas para degustar su famosa cerveza.

El lugar fue demolido por el año 1990, y en ese predio se levanta, como no podía ser de otra manera, un edificio horizontal. El bar se mudó a la calle Alem 1456 en la valija de su nuevo dueño, pero como dice el tango, “cuando la suerte que es grela” sería uno de los últimos bares con billar en Banfield.



En la esquina de Fonroque y Pueyrredón, en la parte Este, ha existido un bar de características poco frecuentes. Hoy su edificación aún mantiene su clásico frente fileteado, donde en la actualidad se encuentra una organización gremial. El lugar, cuando fue cerrado por reformas, que luego nunca se concretaron, ante la presunta quiebra del mismo, sin embargo ha mantenido esas paredes derruidas por el paso del tiempo como sus cortinas metálicas, formato propio de los bares de esa década del “50”.

Allí, sus vecinos y otros parroquianos acudían a sus mesas para tomar su diario café, alguna copa espirituosa o jugar al billar. Sin embargo ese lugar deshabitado como boliche de barrio, muchos de sus vecinos aseveran que en las noches, aún con sus cortinas cerradas, siguen escuchándose voces y ruidos propios del lugar, donde

numerosos relatos parecen confirmarlo, aunque sean de difícil comprobación escuchar a estos antiguos parroquianos.

Hoy su trajinar cansino propio para la meditación popular ha sido suplantado para la búsqueda de otras realidades cotidianas y una vez más, como en el “Roxy” de Serrat, aún cuando la racionalidad tienda a rechazarlo, la creencia popular lo afirma cada día y el truco, el tute cabrero o el tintineo de las copas parecerían alimentar esas creencias identitarias.



“**El Molinito**” abrió sus puertas en la década de 1950, de la mano de doña Felisa y don Manuel Mujico, hasta que llegado 1961 se hizo cargo Jorge Mujico. Este bar es un lugar propio de un barrio, ubicado en la calle Eva Perón 899 de Temperley, donde desde la mañana hasta la noche han concurrido por más de 60 años vecinos y quienes han pasado por sus veredas en busca de un café o de una charla entre amigos.

Es de ese tipo de bares que muchas veces pasan desapercibidos para la mayoría, especialmente en esta modernidad apurada, pero que reciben la verdadera valoración de aquellos que pueden disfrutar su familiaridad y la identidad barrial, junto a su viejo estaño y una heladera que en pocos años cumplirá los cien años.

Y ya que estamos en la zona Este podemos avanzar hacia Villa Galicia de la mano de Roberto J. Vicchio, el cual con su consentimiento, nos permite abreviar tanto en recordados almacenes-boliches de la zona, como lo haremos luego con los clubes barriales.

En su reciente trabajo “Así era mi barrio Villa Galicia, su historia, su Gente” año 2015 ediciones Amaru, nos introduce en legendarios reductos de su barrio, y allí nos brinda recuerdos de sus dueños y de los personajes que lo frecuentaban.

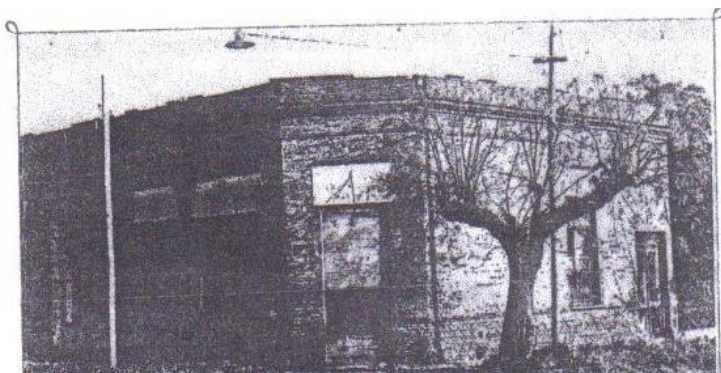
Acude a emblemáticos almacenes-despachos de bebida como “El Aeroplano” de Jorge Faiad, de 1913, nacido en la esquina de las calle Joaquín V.

González eltuzaingó o el de "Maturi" de Cerrito y Amero, el de "Cayetano Salemi" en Zeballos e Ituzaingón, el "Ventarrón" de Simón García en Iriarte y Velez Sarsfield, "El Triunfo" de Antonio Di Yorio en Iriarte 1167, el de Gil Las Heras en Luís Sáenz Peña y Carlos Casares, "La Parrilla" de Güemes y Juncal, el de Juan Negri en Sáenz Peña y Joaquín V. González, "La Pepina" de Salvador Tirendi en Bombero Ariño y Juncal, o el del "Chino" Scabini en Iriarte al 1300, lugar que hoy ocupa el Club Social y Deportivo Ituzaingó. En general todos ellos se dedicaban a la venta de comestibles y tenían adosado el despacho de bebida, en tanto algunos expendían combustible.

->"La Pepina" de Salvador Tirendi, sobre la calle Bombero Ariño y Juncal negocio que al venderse por el año treinta y cinco se llamó « 25 de Mayo».



Aquí funciono el almacén de Jorge Faiad hijo en la esquina de Bombero Ariño e Ituzaingó. A partir de 1998 su nuevo dueño es Cesar Bogoni



Por el año 1986 todavía se conservaba este edificio antiguo que fue construido por 1913. Allí funciono el almacén «El Aeroplano» con despacho de bebidas y cancha de bocha. Ubicado en las las esquinas de J.V.Gonzalez e Ituzaingo

Vemos a Antonio Di Yorio al derecha de la foto.
Al fondo el almacén «EL TRIUNFO» sobre
Iriarte 1167



Nos recuerda que don Guillermo Maturi había establecido su establecimiento a principios del siglo XX, donde todo ello era un descampado, aún cuando no le faltaban clientes, principalmente provenientes del hipódromo que había nacido en 1904, y allí se veía llegar, luego de los aprontes, tanto a cuidadores, vareadores, compositores y aún los dueños de los caballos, recordando la existencia de muchos studes, entre los cuales sobresalía “La Colorada”. También lo frecuentaban troperos, en su camino al matadero de la calle Cerrito o los obreros de la fábrica de jabones ubicada en la calle Lugano y Amero El avance del progreso de la zona daría los primeros empedrados y faroles a gas en sus calles.

Vicchio también cita a don Ángel Legnani en su conocida obra “Un Lomas que yo he visto”, en el cual el periodista lómense realizando primeramente un significado del “boliche” decía que el mismo era una prolongación del Comité, y allí se llegaban a establecer acuerdos o alguna gauchada, y sin expresarlo, conseguir el voto. Y entre ellos estaba el del “Maturi”, al que también solían llegar aquellos del buen decir gaucha que se enredaban en interminables payadas, o el paso de hombres de la política local, por caso don Felipe Castro, Pedro Arrascaete, Domingo Lugano, Juan Marcellini, Martín Castelli, Félix Sola o Fernando Natero. En ese transcurrir Legnani señalaba que Giacondo Maturi prosiguió la tarea de su padre Guillermo.

El de don Cayetano Salemi también fue precursor del transporte público en la zona, donde se expendía combustible, a la par de almacén y despacho de bebida, además de instalarse la Estafeta Postal. También en su garaje nacería el club Sportman. Salemi que era experto en zinguería, era un hombre de una honda bondad que ayudaba a todos sus vecinos a través de su famosas libreta de fiado, la cual muchas veces no podía ser abonada por el deudor y sin embargo jamás le recriminaría tal incumplimiento y lo ayudaría a saldar su pago. Ya con la llegada del teléfono en el año 1932 el establecimiento pasaría a manos de Ernesto Casenabe.

También tendría su historial Alberto Faiad hijo en la denominada “**La Estrella de Oro**” en Ituzaingó esquina Bombero Ariño el cual en sus avisos comerciales ofrecía “surtido completo de aceites, vinos, conservas, quesos y dulces extranjeros y del país” invitando a los futuros clientes a consultar precios. Ya en la década del 90 César Bogoni se haría cargo de esta antigua almacén de Villa Galicia.

Asimismo, en su publicación mensual de “Lomas y su Gente” nos trae el recuerdo de un almacén ubicado en Turdera, llamada “**Almacén el Favorito**” ubicada en la calle Segurola y Riego Nuñez.

La misma era reunión de muchos vascos lecheros de la zona que concurrían luego de sus tareas diarias como también de arrieros y paisanos de la zona. Rememora que la misma funcionaba en la década del “20” del siglo homónimo y que se considera que quizá en ella se inspiró Jorge Luís Borges para pergeñar su cuento “El Sur”.



En la zona de Turdera, según nos relata Federico Guerra en el suplemento Raíces del Diario La Tercera supo ser reconocido entre aquellos vecinos la Almacén de Ramos Generales y además despacho de bebidas de don Benito Pateta al cual todos reconocían como el “**Boliche de Pateta**” ubicado en la hoy avenida Hipólito Yrigoyen y Esquiú, el cual funcionaba desde que esa zona eran aún lodazales en épocas de lluvias, donde además de aprovisionarse tenían un lugar para el diario disfrute. También Federico nos recuerda la existencia de un cuadernillo que se entregaba a los primeros adquirentes de lotes de la zona donde figuraba “**El Hornero**” que al principio fue corralón de materiales para luego agregarle artículos de bazar, ferretería, almacén y finalmente boliche con cancha de bochas.



En la seguridad de haber dejado muchos boliches en el camino y que será necesario una próxima revisión para traer del recuerdo a otros que no hemos tratado, también me recordaba mi amigo Panetta dos viejos boliches de esa “Lomas de Zamora” como el que funcionó en la esquina de Pereyra Lucena y José María Penna que luego se trasladaría a José María Penna y Portela, y el llamado “**Los Vascos**” de Carlos Croce y Rivera.

Pero no quiero, ni debo, finalizar este recorrido por almacenes con despachos de bebidas, cafés o fondas de aquellas “Lomas de Zamora” sin vivenciar una que fue fundamental por varias circunstancias en mi niñez, adolescencia o ya entrado en la madurez. Ella fue la “**Fonda de González**” en la esquina de Necochea, luego avenida Perón, hoy Hipólito Yrigoyen, y Mitre.

En su ubicación física pero principalmente testimonial cabe recordar que saliendo de mi casa, al 370 y luego 9370 de Necochea o de la avenida, donde además de ser vivienda, mi viejo tenía su depósito y negocio de venta al público conocido como “Electricidad Lomas”, teníamos de lindero hacia el sur el taller mecánico del “loco” Avelino Ríos recordado tallerista de esos tiempos donde también trabajaba el “flaco” Palagani que fuera corredor de Turismo de Carretera, lugar en

que luego de las tareas del día, en largas noches, los amigos ayudaban a preparar el coche del pueblo.



Pegado al taller, la reja de entrada por la cual se accedía a la amplia casa de los González, con distintas habitaciones y principalmente su inmensa cocina que funcionaba a full para proveer de distintos platos a todos aquellos que concurrían al establecimiento, al cual se accedía por la ochava.

En el amplio interior del negocio, que además del mostrador con estaño dejaba ver a través de un enrejado sobre el piso un amplio depósito, se servían, principalmente en sus mediodías, succulentos platos siempre atendido por la familia González. La misma estaba integrada por el padre, el “Gallego” González, de pocas pulgas y además escasas ganas de trabajar el cual al entrar algún cliente lo miraba con cara de pocos amigos y le espetaba con desdén “Qué querés querido”. Sin embargo ello era compensado por su mujer una sacrificada trabajadora que trajinaba permanentemente en la cocina para abastecer los distintos platos que exigía el servicio.

La familia se completaba con cuatro hijos, tres varones y una mujer. El mayor “el Nano” que colaboraba en el servicio del comedor familiar tampoco era muy afecto al trabajo; luego venía la mujer y le seguía “el Japonés” un muy buen muchacho que trabajaba fuera del hogar y que falleciera siendo aún muy joven.

Dejo para el final al menor, “Coquito”, que trabajaba en un negocio de venta de repuesto de automóviles y que al fin de mes entregaba la totalidad de todo su salario a “la vieja”. Pero “Coquito” que era de una inmensa ternura tenía una debilidad, propia de la época, era fanático hinchado de Banfield, o más que eso, era uno de los

mandamás, junto al “Nene” Capi, de la hinchada del club de sus amores, en la década del “50”, donde se convertía en una persona distinta a la de todos los días, enfrentando con sus manos, como única arma, a la brava policía montada de aquellos tiempos. Sin embargo jamás tendrían las malas artes de las actuales barras bravas. Pero un día se dio cuenta de lo peligroso en que se convertía cuando entraba a una cancha y luego de un partido contra Argentino de Quilmes donde había intercambiado fuertes golpes contra otro hinchista al cual le produjo lesiones en ambos maxilares, decidió no volver a pisar una cancha de fútbol. También fue en muchas ocasiones una especie de director técnico de los equipos de baby fútbol del barrio y aún de algún equipo cuando interveníamos en los campeonatos infantiles “Evita”.

Esa esquina tenía dos grandes vidrieras, una sobre Necochea y la otra sobre Mitre. El mármol de la primera alumbraría nuestra formación en la vida según las distintas etapas. Primero desde niño, en los juegos de quienes vivíamos en el barrio y luego en la adolescencia donde se nos permitía estar junto a los muchachos mayores, los cuales serían el marco de referencia, de contención y de conocimiento de la calle, donde todos ellos se constituían en nuestros hermanos mayores.

Allí en sus anocheceres pernoctaban distintos personajes, algunos de los ya señalados y otros como “Coquito” Greco el cual trabajaba en “Casa Corda” sobre la avenida Meeks, una conocida casa de ropa hoy desaparecida; pero que además había llegado a jugar como arquero en los mil rayitas, además de locutor en las reuniones boxísticas en la sede del club. También estaba “Pedrito” Villaro que trabajaba en la “Casa San Martín” en la calle Laprida al 200 dedicada a indumentaria y artículos de deporte, el cual vivía frente a mi casa, que también era un ciclista que se presentaba en alguna carrera de la zona y tenía la colección completa de “El Gráfico”; su madre era la dueña de una juguetería-librería al frente del inmueble. Además concurrían otros personajes, como el Profesor Brignardelli o “Salernito” al que los muchachos hacían cantar. Todo era simple y sin mayores malicias, propio de esos tiempos.

Hoy, en las vueltas de la vida, uno puede agradecer haber tenido esa escuela que junto a todos los demás ejemplos recibidos, se tratare de la familia, de la escuela o de los amigos, le ha permitido transitar coherentemente los difíciles y contradictorios caminos de la vida.

32 CLUBES DE BARRIO

Transcurrido el derrotero de almacenes, fondas, bares y demás boliches que reiteramos será exiguo y con seguridad habrá dejado a otros tantos para el recuerdo de aquellos que oportunamente puedan aportarlo y agregarlo a esta recopilación a la hora de adentrarnos en otra “institución identitaria”, principalmente en el siglo XX, como han sido los clubes de barrio, alguno de los cuales devinieron luego en grande instituciones y otros han seguido en su barrio o desaparecidos, especialmente en estas épocas de valoraciones materiales de simple planillas de cálculo de ganancias que no tienen en cuenta el significado contenedor y social de la institución.

Como suele ocurrir, uno vuelve a aquellos lugares donde la gente pudo alcanzar, en ciertos estadios de su vida, momentos en los que pudo disfrutar de las cosas simples de la vida, la cual pasa muy rápida y que, si no la rescatamos pronto caerán en el olvido.

Por ello volvemos una vez más a recorrer nuestros queridos y nunca tan ponderados clubes de barrio donde acudían no solo quienes eran habitués al café sino también los chicos y chicas desde su niñez hasta su adolescencias y donde también aparecía la mujer, soltera o casada para compartir aquellos famosos bailes “del social” por lo cual ello se convertía en cenáculos familiares de alegrías compartidas.

Pero más allá de lo personal, estas asociaciones civiles sin fines de lucro, junto a otras como las asociaciones de socorros mutuos, principalmente de italianos, españoles o polacos, significaban el espíritu gregario de la solidaridad con objetivos de mejoras en las formas de vida, principalmente impulsadas por las corrientes inmigratorias hacia fines del siglo XIX y con mayor énfasis en los comienzos del XX.



El club le adicionó el valor agregado de la **identidad barrial** y de la lucha de sus integrantes y quiénes le continuaron por mantener vigente el objetivo de convertirlos en centro de reuniones y actividades para todos los vecinos del barrio.

enos Aires, sus alrededores y las grandes ciudades del interior del país, tuvieron miles de instituciones, y cada una con su propia identidad que la distinguía de las demás, ya fuere en el baile, los estilos bailables o las actividades sociales.

Los comerciantes e incipientes industriales del barrio, muchos de ellos inmigrantes que habían comenzado una nueva vida en nuestro país, colaboraron con estos emprendimientos sociales para conseguir un local o galpón que sería la base del futuro edificio que, con grandes sacrificios de tiempo y dinero del barrio, mediante rifas, reuniones bailables, kermeses, donaciones y otros aportes, les permitió un día inaugurar la “sede propia”.

Muchos de ellos tuvieron sus inicios al comienzo del siglo XX, pero el gran impulso y expansión aparecería en los años “20” y los “30”, alcanzando su máximo esplendor en lo que sería la gran década de los 40”.

Comenzando los “60” y principalmente los “70”, al igual que le ocurría al país, comenzarán sus declives y la desaparición de cientos de ellos. El club como las demás instituciones de la República comenzaron a ser ajeno a la crisis que envolvía a nuestra sociedad, no solo desde lo económico sino también desde lo socio-cultural.

El país que solo algunas décadas atrás había tratado de consolidar su producción, con sus avances y retrocesos, fue virtualmente quebrado en la espina dorsal de su faz productiva y esos declives afectaron sus instituciones que se alimentaban de esa producción y que habían conocido otro mundo. Muchos sufrieron el impacto, especialmente en sus miles de pequeñas y medianas empresas que comenzaron a desaparecer para dar lugar a las importaciones alentadas por un debilitamiento de la moneda, con la aparición de las grandes cadenas de comercialización o “todo por uno” donde antes se levantaban industrias e instituciones sociales.

En los sectores medios, y medios bajos, que llegaron de la mano del ascenso del obrero y de los pequeños industriales, comerciantes, empleados o profesionales, fueron los primeros afectados. Muchos se convirtieron en inquilinos del club del barrio y con las nuevas condiciones también fueron los primeros en abandonar el escenario, por no poder abonar la cuota social o tener que emigrar a barrios periféricos de los tantos a que dio lugar la fenomenal crisis en nuestro país.

Clubes que en momentos de apogeo llegaron a tener 1000 ó 2000 socios no alcanzaban, llegada la crisis, a cobrar las cuotas sociales del 10 por ciento de ellos, y al faltarles el oxígeno, que se denomina dinero, se produjo su muerte lenta.

Mientras duró el período de apogeo o luego, aquellos pocos que sobrevivieron a la crisis, sirvieron para la catarsis del fin de la jornada laboral. Allí sobre sus mesas, al ritmo del truco, el mus, la generala, el dominó, el ajedrez y demás juegos, como el billar o el ping-pong, sus diarios hábitos deambulaban en las soluciones para el país o como formar la mejor selección o el equipo de sus amores. Esta terapia de aquellos tiempos se extendía hasta la hora de la cena que era sagrada pasarla en familia.

Por su parte los menores concurrían desde temprano a practicar los distintos deportes, especialmente el bati fútbol, el básquet, el balón cesto y alguno de ellos poseían piletas de natación. Muchos de esos clubes de barrio habrían de brindar destacados deportistas que luego se convertirían, con el tiempo, en ídolos nacionales.

Se habían constituido en instituciones de contención social donde desde pequeño, el niño o la niña, aprendían a competir no solo en las actividades deportivas sino en la acción solidaria y de conjunto que demandaba su ejercicio, defendiendo los colores de su club cuando enfrentaba a los otros barrios, pero especialmente aprendiendo a asumir la derrota deportiva como algo natural y propio del juego, sacándole el dramatismo con que hoy se haya impregnada cualquiera de estas actividades, aún las de carácter amateurs.

La competencia, como formación integral y de mejora específica en la actividad elegida, era aquello que inculcaban profesores o maestros del deporte. Hoy la destrucción del rival, antes que la construcción de lo propio, gobierna las distintas disciplinas, salvo honrosas excepciones.

No era que los encuentros entre barrios, especialmente en fútbol, fueran un lecho de rosas, pero no pasaban de las manos. Hoy cualquier arma es válida para agredir al adversario circunstancial. Aún los padres inculcan en sus hijos distintas formas violentas con tal de obtener un resultado favorable, propio de una sociedad insolidaria y solo en la búsqueda del triunfo que muchos interpretan como “éxito”.

El amplio espectro de los clubes de barrio, especialmente en su época de expansión, dará lugar a exhibir expresiones de distintos géneros y sobresalir en determinadas disciplinas deportivas, actividades sociales o culturales.

Hoy, algunos de esos clubes de barrios siguen peleando a la diaria realidad para

poder subsistir, aún contra normas de imposible cumplimiento o de intereses que pretenden quedarse con sus predios como muy claramente se narrara en la película “Luna de Avellaneda”, precisamente grabada en el Club Juventud Unida de Llavallol.

Cuando creíamos que esa película no habría de repetirse en el siglo XXI, en el año 2016 una nueva andanada de ataques en relación a sus servicios y costos de mantenimiento vuelve a poner en peligro la subsistencia de los que pudieron sobrevivir. Sin embargo los nietos de aquellos que supieron hacerlos grandes, asumen su lugares en la lucha por mantenerlos, que en definitiva significa seguir teniendo identidad barrial y concepto solidario de participación, lo cual no es poco en la modernidad.

Las “Lomas de Zamora” también ha sido suelo propicio para la existencia de muchos de ellos, algunos muy populares, otros menos, pero todos conformando una red de contención social y escuela de aprendizaje de la vida y la solidaridad.

Si bien hoy se trata de tres importantes instituciones, principalmente por su fútbol profesional, y según orden alfabético, los clubes Banfield, Los Andes y Temperley fueron en sus inicios también clubes de barrio, abarcativos de las principales ciudades de nuestro partido.



Al igual que el Club Lomas, Banfield surgió de las entrañas de un grupo de entusiasta hombres que habían llegado a la zona de la mano del ferrocarril, lo cual también había tenido el asentamiento de muchas familias de origen inglés.

Casi finalizado el siglo XIX, el 21 de enero de 1896 jóvenes surgidos de ese grupo, entre los cuales se hallaban el exportador ganadero Daniel Kingsland y el contador George Burton establecen la institución en un campo cercano a la reciente estación de tres, practicando principalmente el cricket y

en menor medida el fútbol, lo cual cambiaría en 1897 con la llegada de Kingsland a la presidencia, el cual le daría un gran impulso al balompié, donde el club sería campeón de la liga de segunda división. En general los integrantes del equipo eran de origen inglés a excepción del argentino James Watson.

Luego el club sufriría una declinación hasta que en 1901 se supera un pedido de quiebra y el club se reorganiza bajo la batuta de George Burton, volviendo a obtener excelentes resultados deportivos, entre ellos algunos campeonatos y llegando en 1919 a la primera división donde al año siguiente sería subcampeón y obtendría otras copas en juego.

En 1940 se construye el estadio Florencio Sola (Lencho) donde recorrerían distintos triunfos, entre ellos el recordado vicecampeonato en la célebre final con Racing Club. En el año 1955 por primera vez se realizan elecciones para elegir autoridades donde triunfa el grupo tradicionalista, en tanto que en 1966 llega a la presidencia don Valentín Suárez. El club continuaría luego distintas etapas de triunfos como el campeonato de primera división, sorteando con ello etapas difíciles como le ha ocurrido a muchos de los clubes de la zona.

Por su parte la sede social se levanta en la calle Vergara 1635 donde además de ser sitio de reunión de socios plenos y vitalicios, se realizan diversas disciplinas, además de contar con el campo de deportes "Alfredo Palacios", y brindando en la calle Campos actividades educativas en todos los niveles.





En cuanto a la segunda de las instituciones citada debe recordarse que la misma fue fundada el primero de enero de 1917, próximo a cumplir 100 años de vida, como “**Los Andes Football Club**” tomando su nombre en homenaje a los aeronautas argentinos Eduardo Bradley y Ángel María Zuloaga que el 24 de junio de 1916 habían cruzado por primera vez la Cordillera de Los Andes en globo, alcanzando una altura de 8.100 metros. Entre sus iniciadores estaban Adolfo Langet, Marcos Panizzi y Eduardo Gallardón, que a la vez formaban parte de su plantel de futbolistas, adoptando al principio una camiseta de color celeste con una franja horizontal blanca, para luego, tomando el ejemplo de Sportivo Barracas que tuvo la primera camiseta con rayas verticales angostas azules y blanca, adoptar un similar diseño con los colores blanco y rojo y pasar a ser conocido como las “mil rayitas”, aunque hoy en la modernidad, como ocurre con las demás instituciones deportivas, aparecen otros modelos optativos producto del “marchesing”.

Antes de la llegada al predio donde hoy se encuentra la Plaza Libertad de la calle Laprida al 1200 debe recordarse que el club pernoctó primero en unos terrenos que hoy ocupan las calles Lamadrid, Pedernera, Viamonte y Arenales, y allí se levantó la primera casilla con las maderas de cajones donde se embalaban los automóviles que llegaban al país, gracias a los 150 pesos donados por Pedro Gallardón y donde comenzaría su trayectoria futbolística e institucional, afiliándose en 1922 a la Asociación Argentina de Football, que luego de fusionarse con la Asociación Amateur conformarían la Asociación Argentina de Football; en tanto que en ese mismo año obtuvo el ascenso a Intermedia.

Más tarde se trasladaría a otro terreno en las calles Matheu y Pedernera, también en la parte este de Lomas de Zamora, pero dada la cercanía con la cancha del Club Atlético Banfield se decidió trasladarlo a la parte oeste de Lomas, alquilando una manzana del barrio delimitada por las calles Gorriti, Díaz Vélez, Loria y Olazábal que trataba de otra quinta cubierta por viñedos de uva chinche donde estuvo durante varios años.

En la manzana de los Marcellini, Laprida, Baliña, Gorriti y Posadas, el club inició sus actividades un 26 de abril de 1931 donde participó una gran concurrencia que presencié carreras pedestres, una suelta de palomas y un partido de basket, antes del plato fuerte del encuentro futbolístico contra Nacional de Adrogué al cual venció por 1 a 0. El campo de deportes del club permaneció en este predio hasta el 28 de septiembre de 1940 en que se trasladó al flamante estadio de la calle Santa Fé entre Boedo y Portela, con la entrada famosa por Boedo y Estrada, que con el tiempo habría de llevar el nombre de uno de sus máximo dirigente: Eduardo Gallardón.

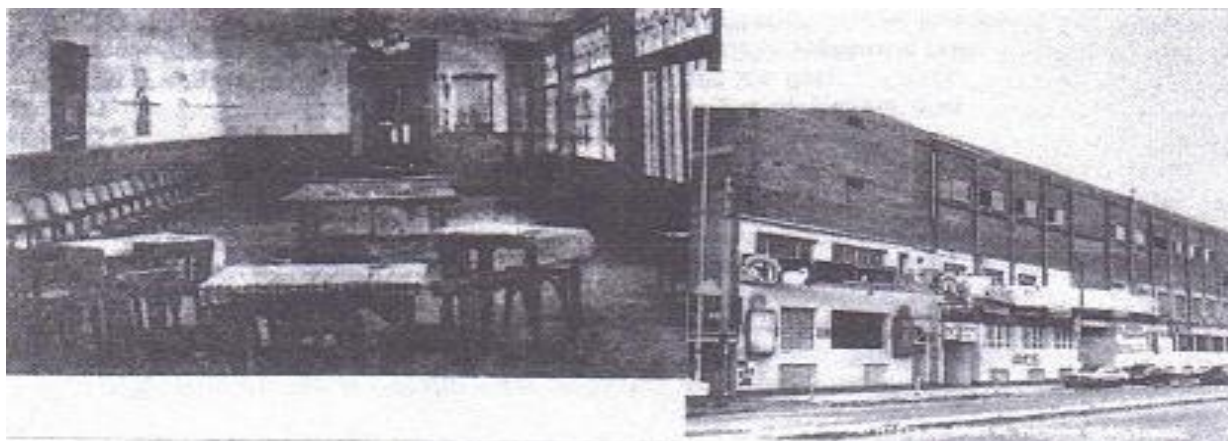


Por su parte la sede social primitiva se ubicó en un local ubicado en la calle Laprida 510, entre Manuel Castro-Sarmiento y Azara-Saavedra donde el club comenzó con sus reuniones sociales que tuvo importante repercusión cuando se produjo el ascenso a intermedia en 1938.

Pero no pasaría un año, en 1939 la sede social es trasladada a la calle Carlos Pellegrini 66. Se trataba de un viejo edificio que antes había albergado al Colegio Echague. Aquí deseo hacer un alto en el relato de datos objetivos para trasladar a mis retinas y afectos los recuerdos, pocos al principio y más desarrollados posteriormente, que aún hoy mantengo sobre esta sede como la que habría de seguirle en suerte.

Unos años luego de su instalación en Carlos Pellegrini puedo recordar cuando mi “viejo” hombre de toda su vida “mil rayita”, cuando vivíamos en la calle Laprida 330, en las tardecitas me llevaba cuando iba a pasar unos momentos con sus amigos del club a jugar al truco, al mus o la murra, en tanto yo, pequeño de unos 5 años miraba todo ello como algo irreal mientras tomaba un naranjín.

Hugo Bento, en su trabajo sobre la institución rememora los bailes que se desarrollaron en ese local y que para muchos de nosotros no podía ser otro que don Osvaldo Pedro Pugliese quien los inaugurara, donde el maestro donó, coherente con su pensamiento y especialmente con su trayectoria, los 500 pesos del cachet para engrosar la biblioteca del club. También, como ya lo hemos recordado en otro trabajo, y de acuerdo a los datos de don Horacio Palacio, el lugar recibiría la visita de Carlos Gardel cuando actuara en el año 1932 en el Cine Teatro Español.



Posteriormente, cuando ya vivía en la entonces calle Necochea al 300, entre Colombres y Mitre, y casi llegando a los 10 años, en el año 1948 Carlitos y Antonito Agosti, los famosos carroceros de Lomas, donarían la quinta que la familia Agosti Paranetti tenía en la entonces calle Necochea, hoy Hipólito Yrigoyen 9549, entre Sixto Fernández y Ramón Falcón. Era propio de aquellos hombres, los cuales también habían donado un inmueble de la calle Colombres entre Necochea y Sarmiento al partido político al que pertenecían, donde también se instalaría el diario "La Comuna".

Allí las vivencias llegan más nítidas, desde su frondosa arboleda y sus fuentes, o la vieja casona sobre la parte central. En ese momento el club tomó socialmente un auge muy importante especialmente en sus bailes o sus famosos carnavales.

Uno recuerda que el club realizaba sus bailes infantiles en el cine Coliseo y luego la escena se trasladaba a la famosa quinta donde los vecinos presenciaban el pasar ininterrumpido de muchedumbres, muchos de los cuales portaban clásicos disfraces, que colmaban las instalaciones.



Visualizo aún hoy esas mesas que se armaban hacia los costados de los caminos que entrelazaban el predio, donde eran ocupadas por todos aquellos que concurrían que no solo consumían bebidas y sanwiches sino que adquirían grandes bolsas de arpillera con papel picado, serpentinas o pomos de plomo con agua florida o los lanza perfume, para que ello se convirtiera en una fiesta familiar del gozo carnavalesco.

Como solía ocurrir también en distintas ocasiones las principales orquestas del momento, por caso Pugliese, Darienzo, De Angelis, Caló, entre tantas, ocupaban el escenario que se encontraba junto a la antigua casona, donde también funcionaba su bar que estaría por muchos años a cargo de don Vicente Lerosé.

También para esa época estaba la práctica de actividades deportivas, como el básquet, con la dirección del Profesor Canaro, o las veladas de box de los viernes, que competía con la del Lomas Park de la calle Oliden, con importantes boxeadores del orden nacional como también los pupilos del club dirigidos por el Profesor Astarita, padre del que sería con el tiempo uno de los más importantes jazzman del país, los cuales entrenaban en un gimnasio que se había construido en la parte trasera del terreno.



Pero como no podía ser de otra manera, el fútbol no podía estar ausente, y en una cancha de se construiría en el centro del terreno, que también fue utilizada para el basket, se efectuaban recordados campeonatos de baby-futbol del cual, sin duda formamos parte de algún equipo con suerte diversa que era dirigido por Héctor “Pirulo” Carón, famoso mil rayita y además interprete tanguero del contrabajo.



Pasada la mitad del siglo XX llegaría la famosa pileta de natación, sin duda de gran importancia al tener medidas olímpicas y que dio lugar a la llegada de una gran masa de nuevos socios. Recuerdo también las vicisitudes de su construcción pues mi viejo que era uno más de aquellos que llegaban todas las tardes a sus instalaciones para juntarse con amigos y jugar un partido de naipes pero también formar parte de la Comisión de Obras encargada de llevar adelante la tarea. También con el tiempo sería en algunas ocasiones intendente de la sede brindando toda su pasión mil rayitas.

Como señala Bento, y esto por haberlo tenido de primera mano, muchos de esos hombres que daban parte de su tiempo y muchas veces algún aporte, debían luchar contra cierta desidia dirigencial donde se privilegiaba el deporte profesional por la actividad social. Pero ello no dejaba ni deja de ser moneda corriente en muchas de las instituciones nacidas y que alcanzaron renombre por la práctica del fútbol.

Ya finalizando la década del “60” al club le ocurriría socialmente igual situación que a otros similares, con la caída de la actividad, todo lo cual pese a distintas adversidades, principalmente económicas o dirigenciales, donde en algún momento se llegó a considerar vender la sede y trasladarla al campo de deportes, el club ha continuado su camino y hoy, desde lo social, intenta reactivarla, también para lo cual sus asociados han aportado esfuerzos económicos o trabajos personales, y en nuestro caso particular, ante la solicitud de sus directivos, ayudado profesionalmente a que la institución pudiera contar con su título de propiedad inscripto, pero eso es otra historia que no hace a este rememoración.

Por último, el tercero de estos clubes emblemáticos del Partido, el “**Club Atlético Temperley**” nació en 1910 como “**Club de Football Centenario**”.



Como su nombre lo señalaba lo hacía en homenaje al Centenario de la Revolución de Mayo, donde jóvenes, relacionados también con el ferrocarril, comenzaría a practicar fútbol en un terreno ubicado a unos 200 metros del actual campo de deportes del club de la calle 9 de Julio entre Dorrego y Brandsen. Luego lo harían sucesivamente en otros ubicados sobre en la manzana de 25 de Mayo Brandsen, Pichincha y Suárez o la de Guido, Espora, Liniers y Avellaneda, conocido como “Cochera Avellaneda”.

Al principio vestirían una camiseta celeste y blanca, aunque también se señala otra roja con bolsillos, puños y cuello verde, influenciada por la inmigración italiana. Se sostiene que el color celeste proviene de las tapas de los tarros lecheros que llegaban a la estación y que a Temperley correspondía el celeste, en tanto el verde a Banfield y el rojo a Lomas.

Habría de constituirse oficialmente en 1910 y definitivamente el 1º de noviembre de 1912 realizando su primera asamblea en el Colegio Arias y su primera acta lleva fecha del 4 de febrero de 1916, donde se reconoce que el campo de juego se encontraba ubicado en “Villa Turdera”, el cual comienza a tener forma de tal con medidas reglamentarias y vestuarios, aún cuando aún no tenían tribunas.

El gran impulso llegaría de la mano de Alfredo M. Beranger el cual con un alto perfil se convierte en el conductor de la institución inscribiendo a la joven institución en los campeonatos oficiales del fútbol a cargo en ese entonces de la Asociación Argentina de Football que sería la antecesora de la Asociación del Fútbol Argentino, además de adoptar definitivamente la divisa totalmente celeste, y establecer una Secretaría en la calle Vicente López 852.

En marzo de 1919 comienza a intervenir en los campeonatos oficiales de segunda división, y luego de varios intentos sobre distintos campos de juego, algunos en principios fallidos como alquilar al ferrocarril los actuales terrenos de la institución, se alquilan los terrenos actualmente ocupados por la empresa del Ferrocarril, además de adoptar definitivamente su actual denominación. Unos pocos años más tarde, especialmente por el tesón de Beranger, el 13 de abril de 1914 se inauguraba el estadio que, con el tiempo llevaría su nombre. En el desarrollo de su vida institucional ha sufrido, como le ha ocurrido a las demás entidades de la zona, épocas de glorias y otras de luchas contra la adversidad, desde lo deportivo pero principalmente desde lo económico.

En su campo de deporte también se encuentra su sede social que desde la década del 40/50 contaba con pileta de natación y canchas de tenis, además de tener hoy con un micro-estado llamado Alejandro "Palo" Metz con capacidad para 1200 personas, donde se practican distintas disciplinas deportivas.



En derredor de la Plaza Libertad de la calle Laprida al 1200 nos encontramos con tres instituciones barriales, nacidas en el siglo XX y que tuvieron también su principal desarrollo a partir de 1940 y que aún siguen luchando por subsistir: "El Huracán de Lomas", "Almafuerte" y "12 de Octubre".



El “**Club Social y Deportivo El Huracán de Lomas**” fundado a principios de la década de 1920 tiene su sede social en la calle Fray Luís Beltrán 66, entre Laprida y Boedo, y durante su vida social tuvo épocas brillantes y otras de olvidos que compartía con otras instituciones similares.

Su época de oro, al igual que las demás instituciones sociales, correspondió a la década del “40” con la masividad en todas sus actividades, se tratara de los socios que llegó a tener, o de los deportes que practicaba, principalmente el juego de bochas; pero uno de sus principales hitos fueron sus reuniones bailables.

Por su escenario desfilaron las mejores orquestas típicas o características de la época y de mayor raigambre popular como las de los maestros Osvaldo Pugliese, Juan D’Arienzo, Aníbal Troilo o la del “Colorado de Banfield” Alfredo De Angelis, donde se tejieron ciento de historias personales e institucionales y que hoy a través del esfuerzo de aquellos que mantienen las utopías se sigue teniendo el concepto de un lugar de contención para la espiritualidad de los más grandes y de lugar donde aprender las cosas buenas de la vida para los más pequeños.



El “**Club Social y Deportivo Almafuerite**” ubicado en la calle Gorriti esquina Olazábal es otra de aquellas instituciones tradicionales del barrio, como nos lo recuerda

otro querido amigo del barrio Tito Cioffi que durante décadas transitó sus instalaciones, las cuales nacieron austeramente en 1927.

En su clara memoria afectiva nos relata la trayectoria de la institución que supo tener a enormes vecinos que la construyeron, material y espiritualmente, a lo largo de tantos años. Así recuerda a Villar, Canario, Amestoy, Carnevale, Ismael Tempone, al “Negro” Flores, Nubile, Basile, entre otros, como presidentes de la institución, la cual se fue construyendo con el esfuerzo de todos y así aparecieron las dos canchas de bochas, siempre ocupadas, la de paleta, luego el techado de las mismas, donde todos los días, especialmente terminadas las tareas laborales, se volcaban masivamente los vecinos, como Jorge Cappuccio, Dante Panizzi o Bisignano, que se encargaba de arreglar cuanto silla se deteriorara, en todo tipo de juegos de mesa.

El Club supo tener, en sus inicios, equipo de fútbol amateur que jugaba en la manzana de las calles Gorriti, Loria, Posadas y Fray Luís Beltrán, frente a la Plaza Libertad y que debido a que se encontraba frente a la que ocupaba Los Andes, se optó por dejarla. Sus bailes, especialmente de carnaval, infantiles y para mayores, juntaban a todas las familias del contorno. También por su escenario desfilaron las grandes orquestas de la época, como ocurría en otros clubes. Personalmente recuerdo que en la década del 80 y seguramente sería uno de los últimos acontecimientos bailables del club estuvo don Osvaldo Pedro Pugliese, con mucha gente que quedó sin poder entrar, pero que los vecinos podíamos escuchar a la orquesta del maestro. Hoy en el club se sigue practicando algunos deportes, especialmente el “baby fútbol”, como signo de contención de los más chicos, pese a veces, del desequilibrio emocional de los mayores que en lugar de inculcar el juego como hecho de convivencia y normal competencia, lo hacen, quizá, en la búsqueda de una salida laboral.



Por su parte el “**Club Social y Deportivo 12 de Octubre**”, fue fundado por

muchos de esos vecinos visionarios que en el año 1935 entendían que una institución era fundamental para la identidad del barrio y así, con mucho esfuerzo y restando horas a sus diarias actividades, levantaron de a poco esta construcción que sigue albergando a quienes viven en su derredor, con nuevas actividades sociales, pero también realizando sus bailes de tango o folclore como su enseñanza y la de otros ritmos modernos.

En distintos barrios de estas “Lomas de Zamora” han existido y aún hoy siguen peleando para subsistir numerosas instituciones barriales a las cuales les rendimos nuestro homenaje por haber sido perseverancia de contención social y escuela de solidaridad para todos aquellos vecinos que los han tenido como sus principales actores.

Quizá los más jóvenes o aún muchos mayores no conozcan la existencia de un club barrial, principalmente dedicado al fútbol que rondó por las décadas del 20/30, el recordado **“Club Argentino de Banfield”** que tuvo una recordada cancha en la manzana compuesta por las calles Bolívar, Saavedra, Andes y Bustamante.



Allí tuvieron ocasión los lomenses de ver a muchos de los equipos que participaban en el campeonato de la Asociación Amateurs Argentina de Football, donde competía con otras instituciones como Colegiales, Atlanta, El Porvenir, Huracán, Tigre, Argentino Juniors, Quilmes, San Isidro, Racing, River, Sportivo Barracas, Estudiantes de La Plata, Talleres de Remedios de Escalada, Velez Sarsfield, Almagro, Gimnasia y Esgrima de La Plata o Defensores de Belgrano.

Había sido fundado un 1º de noviembre de 1915 y tenía su sede social en la calle French 460 de Banfield. El 18 de noviembre de 1931 muchos de sus jugadores se habían fusionado con otros de Temperley dando origen a Argentino de Temperley, pero ello solo duró hasta 1932 año en que institucionalmente Argentino de Banfield se disuelve.



La cancha de Argentino de Banfield, sería luego ocupada por el “**Club Atletico Olimpia**” que naciera en la década del “30”, hoy con sede en la calle Saavedra 612, representativo de todo un barrio en el cual hoy se desarrollan distintas disciplinas deportivas, además de haber sido en la “larga década del 40”· epicentro de famosos bailes con las mejores orquestas de la época.

Cercano a este club existió otro, hoy ocupado por un garaje, en la calle Saavedra entre Garona y Colombres, que llevaba el nombre de “**Aconcagua**”, el que tenía también un recordado equipo de fútbol de la década del “50” algunos como “Tatuna” Álvarez, de la familia propietaria de la famosa panadería de la esquina de Saavedra y Garona, Pillado, el vasquito Maitía y otros que formaban parte del equipo; donde la institución poseía además una cancha de papi fútbol donde se desarrollaban campeonatos también con enorme repercusión en toda la zona.

Avanzando hacia la calle Laprida y llegando a la numeración del 600 existió un club que se denominó “**Richard Coopers**” bautizado con ese nombre por Alfonso Introcasso, que fuera fundador de la institución, en homenaje a un funcionario de la entonces empresa de aguas corrientes. Esa sede social se encontraba en la antigua casona de los Garona, en la calle Laprida entre Azara y San Martín, en la vereda en que hoy se encuentra la AFIP, donde también se celebraron famosos bailables en la década del “50”. Luego la institución se trasladó a la calle Necochea entre Laprida y Gorriti, como nos lo recuerda nuestro querido amigo Alberto Fortassín, que rememora en dicho lugar los juegos de aguas en carnaval y grandes bailables, incluso con artistas de gran raigambre popular como Alberto Castillo.

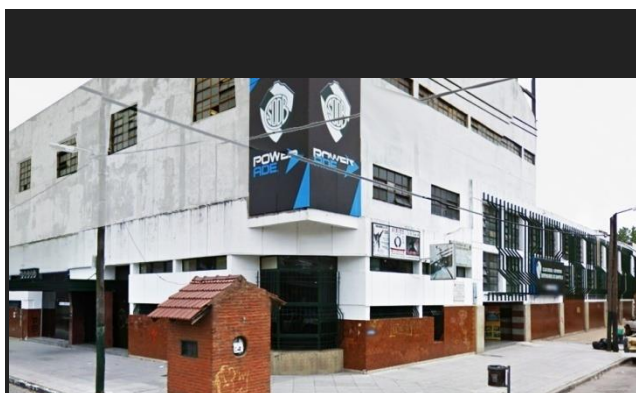
Otras dos instituciones de barrio como “**River del Sud**” de la calle Paso 920 y el “**Lomas Social**” de la calle Las Heras al 600 aún continúan con sus actividades, peleándoles a las diarias realidades, pero brindándoles a los vecinos sus instalaciones para la práctica de diversos deportes, recordando la piletas climatizada de la segunda de

estas instituciones, quizá de las pocas con dicho servicio.

También fueron en su momento recordados clubes en barriadas que recién se incorporaban al progreso urbano de la ciudad, instituciones como el **“Club Córdoba”** de la calle Pereyra Lucena al 1400 y el **“Club Atlético y Social Defensores de Villa Niza”**. Ubicado en las calles Vetere y Monteagudo.

Una de las excepciones al nacimiento, fulgor y luego desaparición, de la mayoría de esos clubes de barrio que nacieron en las décadas del 20 al 40, debe destacarse el **“Club Defensores de Banfield”** que desde su nacimiento en la década del 20 le ha venido peleando a las duras realidades y hoy se mantiene enhiesto y acrecentando día a día sus distintas actividades deportivas y sociales.

Debe recordarse, como solía ocurrir, que un grupo de entusiastas muchacho del barrio de la calle Tucumán entre French y Rodríguez Peña, de Banfield, se reunían en un terreno para desarrollar su pasión futbolera la cual los llevaría en el año 1927 a fundar un club y como la mayoría eran fanáticos del Club Banfield denominaron a la nueva institución “Defensores de Banfield” que precariamente se instaló al principio en los fondos de una almacén para más tarde alquilar un inmueble, al cual seguiría la donación de un terreno que les realizó un vecino del barrio y allí consolidar sus actividades deportivas y especialmente sociales, que con grandes esfuerzos los llevaría en los siguientes 40 años a levantar las instalaciones, que no han sido orgullo solo del barrio sino de la comunidad que rodea al club.



La vida institucional del club, como le ha pasado a tantos de ellos, no ha sido un lecho de rosa, y así han tenido que salvar enormes escollos como los que lograron superar hacia los finales del década de 1970 y muy especialmente en los finales del siglo XX y principios del actual, donde escaseaba la dirigencia que se entregara con pasión a la acción. La unión de viejos asociados y la llegada de muchos jóvenes

posibilitó sortear esa situación y encarar el futuro con nuevos bríos.



Todo ello sin embargo nunca está exento de graves problemas a enfrentar, como lo que hoy en el año 2016 deben sortear estas instituciones para poder mantenerse, especialmente en sus costos del pago de los servicios y demás gastos que deben enfrentar y a lo cual se les adiciona la caída de sus entradas. Deberá ser una nueva etapa de héroes anónimos que le permita a estas instituciones de servicios a la comunidad sortear las nuevas dificultades. Ganas no les falta y así últimamente hemos visto como han salido a la calle a defender su propia subsistencia pero especialmente aquello que las mantiene con vigencia en su diaria actividad de contención de los más chicos y segunda casa de los más grandes.

En rápida recorrida, pero sin restarle importancia a sus respectivas vidas institucionales en los distintos barrios donde se han constituido y tenido su razón de ser, podemos recordar a otras instituciones barriales como el **“Club Gazcón”** de la calle Berutti al 600, dedicado especialmente al tenis y reuniones sociales, el **“Club Infantil de Banfield”**, de Belgrano al 1700 con innumerables actividades deportivas y sociales, incluida su pileta de natación climatizada, el **“Club Social, Deportivo y Cultural Vieytes”** de la calle Leandro N. Alem al 1800, el **“Club Social y Deportivo América”**, de la calle Ameghino al 1400, o el **“Club Buchardo”** de la avenida Alsina en Banfield, con su emblema don Lencho Sola y sus amigos, donde en la década del 70, con Natalio Etchegaray, organizáramos una peña tanguera con la concurrencia de reconocidos músicos y cantantes como nuestro querido amigo Rubén Améndola.

También se han mantenido activos otras instituciones, algunas que reúnen colectividades como el **“Club Social Arabe”** de la avenida Alsina al 1700, o de actividades específicas como **“El Club de Pescadores de Lomas de Zamora”** de la calle Díaz Vélez entre Laprida y Gorriti, el **“Círculo Católico”** y el **“Club de Pelota a Paleta”** frente a la Plaza Grigera célebre espacio de los mejores pelotaris locales y del país.



En la esquina de Rincón y Campos se levanta las instalaciones del **“Club Cludias”** con más de 50 años de vida que al igual que los demás clubes de barrio pasan por enorme vicisitudes, logró en el año 2013 reabrir sus puertas donde sus asociados se reunieron para celebrarlo y recaudar fondos para los arreglos de la cancha de futbol, que no logró hacerlo desaparecer en el temporal del año 2012. Hoy continúa bregando por sus vecinos y dice presente como simple pero importante colaboración con el barrio.

Debe recordarse que muchas de estas instituciones y otras que hemos de recordar, constituyeron en el año 1939 la “Asociación Lomense de Fútbol Independiente” (ALFI) por iniciativa del diario La Vedad de Banfield, reuniéndose en la hoy sede del Club de Pelota de Lomas de Zamora, en la hoy avenida Hipólito Yrigoyen, frente a la Plaza Grigera, interviniendo las más reconocidas instituciones de esos tiempos como los Clubes Ituzaingó, Los Indios, Peñarol Sporting, Banfield Central, El Fortín de Mitre, Córdoba, Unión Foot Ball Club, Villa Niza, River del Sud e Hilandería Lomas.

Con su debido conocimiento y venia pertinente, la cual agradecemos, Roberto J. Vicchio en su reciente e importante trabajo de “Así era mi barrio” “Villa Galicia, su historia, su gente” “Lomas y Temperley Este” Ediciones Amaru 2015, nos relata la vida de los clubes de barrios de esa zona, realizando una ilustrativa enumeración, a la cual nos remitimos en esta recopilación.

Sin tomar estrictamente el orden de aparición ni la importancia de cada uno de ellos, pensamos sin embargo que debemos partir de aquel que no solo ha sido paradigmático para la zona sino aún para aquellas instituciones que comenzaban a aparecer hacia los finales del siglo XIX y que, como ha sido y aún en el siglo XXI continúa su derrotero señero: el **“Lomas Athletic Club”** que, junto con Alumni, fueran aquellos que iniciaron nuestro desarrollo futbolístico, aún cuando luego se volcaran

especialmente al rugby.



Vicchio nos recuerda que la institución al principio se denominó “Cricket de Lomas” y que con el tiempo fue teniendo distintos nombres como “Cricket y Law Tennis Club”, y que en 1891 se funda el “Lomas Academy Athletic Club”, más tarde “Lomas Athletic Club” y definitivamente “Club Atlético Lomas”, siendo al principio integrada y dirigida por miembros de la colonia inglesa local que había llegado con el ferrocarril a la que luego se fueron incorporando tanto argentinos como de otras nacionalidades, teniendo a partir de ese momento un gran desarrollo.

A esa práctica iniciática del fútbol, del que el club se consagró campeón durante los años 1893 a 1895, fue incorporando otros deportes, como señalábamos el rugby y el hockey, donde ha competido en las principales categorías de los mismos, donde se genera una gran concurrencia, tanto en su sede central de la calle Arenales como en Parada La Unión con su cancha de golf.

El “**Club Atlético Esmeralda**” nacería en el primer cuarto del siglo XX concomitante con la fundación de Villa Galicia, con una primera sede social en la calle Iriarte al 1200 y su primer presidente fue Manuel Balbano, donde su equipo de fútbol participó en certámenes de tercera y cuarta categoría con una camiseta de color rojo con rayas verdes. Con el tiempo ascendería a la segunda división de Asociación Amateur Argentina que daría lugar luego a la Asociación del Fútbol Argentino. Contó con una modesta cancha, sin alambrado ni tribuna, en la calle Esmeralda entre Güemes y Vélez Sarsfield para mudarse más tarde a Cerrito al 1700 y luego a Vélez Sarsfield entre Cerrito y Río Bamba. Luego vendrían los loteos de esta zona y ello daría lugar a la desaparición de muchas de sus instituciones.

El “**Club Social y Deportivo Sportman**” nace un 25 de marzo de 1938 siendo la unión de dos clubes: “Ituzaingó” y “Club Social”, estableciendo su sede provisoria en el

garaje del almacenero Domingo Salemi en la esquina de Estanislao Zeballos e Ituzaingó, luego en Estanislao Zeballos 360 donde funcionó hasta el año 1945. Durante este lapso tuvo sus momentos gloriosos, especialmente sus bailes de carnaval, donde llegó a contratar a famosos artistas de la época como la orquesta de Juan D'Arienzo o al cantor Ángel Vargas, además de sus reuniones danzantes con sonido que amenizaba la primera propaladora de la zona sur: "Radio Zapienza...una voz clara y potente en toda la zona sur". También contó con su equipo de fútbol que participó en la tercera división del campeonato que organizaba el Club Atlético Temperley, donde se adjudicó en forma invicta en una ocasión, venciendo a reconocidos clubes de la zona como Aconcagua. El tiempo también conspiraría contra esta institución e iría extinguiéndose su vida societaria.

El "**Club Tigres del Sur**" nació por la iniciativa de unos jóvenes de Villa Galicia en las calles Río Bamba y Estanislao Zeballos donde funcionó su sede social en una antigua casona de Río Bamba al 1400, desarrollando principalmente actividades futbolísticas y decayendo con el tiempo para desaparecer. Algo similar ocurriría con el "**Club Brisas del Plata**" que había sido fundado en 1934 con similares actividades al anterior y además reuniones bailables que realizaba en el cine San Martín de la calle Río Bamba esquina Vélez Sarsfield. También para dicha época nacía el "**Club 10 de Septiembre**", seguramente recordando la creación del Partido, con participaciones en la Asociación de Fútbol Amateur (ALFA) logrando distintos campeonatos con su camiseta "azul-grana". En el año 1944 se fundó el "**Club Carlos Casares**" al igual que el "**Club Vélez Sarsfield**" que surgiría en el año 1948 y tendría su campo de deportes en las calle Juncal y Anatole France.

Pocos años más tarde, un 6 de marzo 1951, sería creado el "**Club Atlético Villa Galicia**" que se establecería en la calle Ituzaingó 1760 donde realizaba actividades sociales, teniendo en esos tiempo una reconocida actividad zonal. En tanto que en 1952 se fundó el "**Club Juventud Unida**" que realizó sus actividades en la calle Cerrito, principalmente dedicada al fútbol infantil. Junto a todos estos clubes, existieron otros de menores trascendencias como el "**Club Villamil Athletic Club**" que alumbrara casi con el Centenario, en 1918, en la calle Colón y Juncal, especialmente dedicado a la pelota a paleta. Dos años más tarde, en 1920, lo hacía "**Temperley Tennis Club**" en Ituzaingó y Solis que luego se trasladó a la calle Melo al 500; y en 1922 el "**For Ever**" que debió luego cambiar por "**Para Siempre**" con su famosa cancha de pelota a paleta, cuidada por el famoso "Cholo" reconocido pelotari, donde alguna vez hemos tratado de pegarle a la "negrita", además de su cancha de bochas.

Para el final en esta recorrido que realizara el amigo Vicchio, nos hemos de

encontrar con otras tres instituciones reconocidas de Villa Galicia como el “Club ECA”, el “Club Social y Deportivo Gimnasia y Esgrima”, y finalmente el famoso “Club Social y Deportivo Ituzaingó”.

El primero de ellos nacía a través de la iniciativa de empleados de Fabricaciones Militares del departamento Elaboración del Cobre y Aleación (ECA) donde ha contado con un reconocido campo deportivo en la calle Colón esquina Esmeralda, desarrollando distintas especialidades deportivas, principalmente el tenis y la natación, además de otros esparcimientos y actos culturales. Hoy continúa con sus distintas actividades a las cuales concurren una importante cantidad de socios.



El “**Club Social Cultural y Deportivo Gimnasia y Esgrima**”, nace, paradójicamente como una casa de familia, la de Alfredo Sampietro que adquiere el predio de Salguero 63, el cual también tenía dos lotes en cada uno de sus costados. Allí por iniciativa de sus hijos se funda un centro cultural llamado “Erial” y un club deportivo, el cual el 2 de noviembre de 1942 toma el nombre que la institución tiene en la actualidad, la que en su fecunda vida deportiva ha tenido destacadas actividades, pero principalmente ha sobresalido en la práctica del básquetbol, trascendiendo los límites del Partido, a través de participaciones a nivel nacional, además de la práctica de bochas, y otras actividades modernas que han enriquecido su trayectoria que se mantienen en este siglo XXI.

El “**Club Social y Deportivo Ituzaingó**”, nacía a los pocos años que lo hiciera Villa Galicia, donde era aún un barrio surcado por calles de tierra, que tenía grandes ansias de progreso, con vendedores ambulantes y colectivos que a menudo debían suspender sus recorridos con las primeras lluvias: En tanto sus vecinos recalaban en los almacenes de Faiad o de Maturi, donde el truco o las bochas eran los principales invitados de esos boliches de barrio. La unión de esos almaceneros daría lugar a la creación del club y en una habitación de la calle Ituzaingó 1382 sería fundada la

institución y nombrando a Alberto Jorge Faiad como su primer presidente, recordando que tuvo una importante llegada para esos tiempos con 150 socios.



Para revivir la historia del club, el cual había sufrido un incendio y con ello la pérdida de sus antecedentes institucionales, Vicchio acudiría a memoriosos como don Juan Stoppini, su hija Elsa Rago o a Celina Faiad, para recordar años de glorias que tuvo la institución a través de sus colores distintivos como el azul marino y blanco a franjas verticales que a través de conjuntos futbolísticos, con reconocidos jugadores amateurs como Carmelo Caporale “Cherro”, Miguel Macedonio, José Orlando o Alberto González, entre otros, en el año 1934 se integraba al barrio, logrando llevar multitudes para la época a sus distintos campos de juego que tuvo en las calles Luis Sáenz Peña al 1800, Cerrito al 1700 y Esmeralda al 1300, compitiendo en la citada liga ALFA.

También la sede fue cambiando de lugar hasta llegar al cine San Martín, donde realizó importantes veladas danzantes, además de hacerlo en reconocidos lugares del Partido como el Cine Teatro Español de Lomas o el Club Roma de Temperley. Distintas disidencias internas produjeron la deserción de asociados que conformaron otra institución y el club se mudó a la calle Iriarte 1337 donde adquirió el predio con el aporte de sus socios. Esa casa recibía en la dorada “década del 40” a reconocidas orquestas de la época como la de Caló, D’Arienzo, Enrique Rodríguez, Pedro Laurenz, Osvaldo Pugliese, Carlos Di Sarli, Washington Bertolín u Oscar Alemán, donde en muchas ocasiones las instalaciones sociales resultaban insuficientes para poder albergar a tantos entusiastas que concurrían a esos bailes.

Por último se recuerda, como solía ocurrir en esos tiempos, los famosos pic-nic de los días domingos, principalmente a las entonces utilizables playas de Quilmes, con aguas no contaminadas, y que se llegaba con “bañaderas” alquiladas. Finalizada dicha época el

club logró construir su pileta de natación que sería inaugurada un 8 de febrero de 1962, lo cual le dio un gran impulso a la institución que ya contaba con 1500 socios. Sería de los pocos que continúan la lucha pese a las adversidades de todo tipo como suele suceder en estos tiempos con nuestras instituciones sociales especialmente en un siglo de pocos valores afectivos, aferrados a los datos económicos los cuales privilegia a la contención que brindan nuestros clubes de barrio para la comunidad.



En muchas de estas instituciones de las “Lomas de Zamora” además de recibir a reconocidas orquestas, principalmente en los años 1940/1960, sus pisos embaldosados conocieron la elegancia de los pasos de aquellos reconocidos bailarines de tango de dicha época como Oscar Echeverría, Nicolás Basile (Corchito), José Fernández, Ignacio Charlone, Julio Guallard, Juan Carlos Correa, Héctor Spink, una famosa pareja integrada por Ernesto Mein (Cacha) y Chola Ramírez, aunque algunos han asegurado que el mejor de todos ellos era “Poroto” Gil.

En esta rápida recorrida dejamos para el final otros clubes de barrio que sentaron la valoración de estas instituciones, tanto en Turdera como en Llavallol.

En la zona de la “Villa Turdera”, que hacia principios del siglo XX se la conocía como la “Loma de las Hormigas”, además del Club Temperley encontraremos otras instituciones barriales de menor gravitación pero que supieron constituirse en lugares de contención de los más pequeños y de reuniones inolvidables de sus mayores.

Así habría que recordar al “Club Social y Deportivo Juventud Obrera” de la calle Santa Ana 335 que quizá fuera pionero del lugar y que aún hoy continúa brindando sus instalaciones a sus vecinos y a todo aquel que se acerque a su hábitat, y al cual recuerdo a través de los fondos de la casa del socio de mi padre, lindero al mismo.



Otra institución que se levanta en su zona céntrica, frente a la Plaza San Martín, corazón de la hoy floreciente Turdera: la **“Sociedad de Fomento y Alumni Social Club”**, en su predio social de la calle Zapiola y Agüero.



Su historia se remonta casi llegando a la década del “40” del siglo XX, donde ya en 1914 el patriarca turderense don Riziero Pretti a los pocos años de fundarse la Villa de Turdera en 1910, le da vida a la Sociedad de Fomento de Turdera que habría de ser el nexo necesario con aquellos adquirentes de los primitivos lotes de la Villa que, unidos en derredor de ella trabajarían mancomunadamente para obtener los servicios necesarios para esas viviendas que comenzaban a levantar.

Y es en esos años 1935/1938 cuando un grupo de entusiastas jóvenes vecinos fundan el Club Alumni, en tanto que la sociedad de fomento iba adquiriendo distintos predios sobre las calles San Lorenzo y Agüero, donde se convierten en vecinos entre ambas instituciones, las cuales integraban la mayoría de ellos.



Ello llevaría a fusionar ambas instituciones a través de un acuerdo en el año 1962 dando lugar a una nueva y única denominada **“Sociedad de Fomento y Alumni Social Club”**. Sería el paso inicial para un rápido desarrollo societario, impulsado por importantes hombres del lugar como don Juan Contarino y otros socios que con gran esfuerzo y obteniendo aportes de hombres del comercio y la industria del lugar lograrán levantar importantes obras, entre ellas la construcción de un importante natatorio el cual con forma de “L” con el tiempo también lograría su climatización

La institución, con los vaivenes propios de estas asociaciones civiles, ha continuado su diario trajinar el cual se ha visto coronado también con la obtención de obras de infraestructuras para toda la zona de influencia, la cual ha mantenido un continuado progreso, a la vez de convertirse en casa de contención y deportes para los más pequeños y los jóvenes y lugar de diario encuentro de sus mayores.

Llavallo ha sido lugar de gente trabajadora y encuentro de distintas nacionalidades, entre ellas la española, italiana, vasca, y en su parte sur la polaca, además de rusos, lituanos, ucranianos, alemanes, checos, croatas, serbios o bielorusos, propio de nuestra formación nacional. Precisamente sus hombres y mujeres supieron agruparse en distintas instituciones, por casos el club polaco “Dom Polski”, el ruso “Dnipro” o el ucraniano “Prosvita”, pero además de aquellos que agruparan a sus distintas nacionalidades también nacieron y crecieron otros con el esfuerzo de muchos de sus hijos y nietos que hicieron posible su actual realidad y dentro de estas instituciones también estaban los clubes de barrio.

En una rápida mirada podemos referirnos, entre otros, al **“Club Social y Deportivo Llavallo”** iniciado en 1953 y con acta de fundación el 8 de marzo de 1955, donde un grupo de vecinos se reunió en la sociedad ucraniana “Prosvita” de Doyhenard

y Uriburu para aunar esfuerzos que permitieran practicar deportes y realizar actividades sociales, siendo su primer presidente Vicente Santangelo, estableciendo luego su sede social en la calle Magallanes, del barrio de “los portugueses”, y su campo de deportes se levantaba en la manzana comprendida entre las calles Doyhenard, Pobladora, Paretta y Mercedes, donde luego estaría la plaza “San Francisco de Asís”. La institución además de contar con una cancha con iluminación, tenía una famosa cancha de bochas y reuniones bailables, que en algunas ocasiones se realizaban en la calle. La vieja sede fue tesoneramente remozada y hoy día continúa con sus diarias actividades.

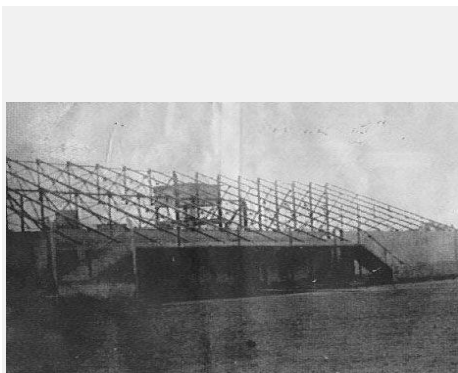


Finalizando la década del “40” la zona continúa progresando y en 1949 las familia Bianchetti y Duhalde fraccionan parte de sus propiedades a través de una mensura realizada por el Agrimensor Bernardo Duhalde, lo cual da lugar a la venta de numerosos lotes adquiridos por nuevos vecinos, conformándose un nuevo barrio al que denominarían “Alto Verde”.



Como solía ocurrir, al lugar le estaba faltando su club para que concurrieran niños y jóvenes, además de sus mayores y es así que en el año 1954 nace el **Club Social y Deportivo Defensores de Alto Verde**, y su primer presidente Francisco Rivas, iniciando sus practicas de fútbol, obteniendo desde sus inicios importantes campeonatos zonales, además del juego de bochas con importantes jugadores de la especialidad, además de sus actividades sociales en el que sobresalía sus bailes al cual concurrían importantes artistas de la época como Oscar Alemán, Palito Ortega, Tito Sobral o el Cuarteto Imperial; distinguiéndose también a través de su reconocido conjunto folklórico.

Un caso muy particular fue el “**Club Atlético Arsenal de Llavallol**” que un entusiasta grupo de vecinos fundaba un 12 de octubre de 1948 principalmente para participar en los Torneos Evita, que alcanzaban notable repercusión en todo el país, donde a muchas instituciones humildes se les facilitaban indumentarias y medios para poder participar. Esa posibilidad creaba la factibilidad que aparecieran, como ocurrió, jugadores que con el tiempo alcanzarían renombre. Y Arsenal fue uno de ellos que contó en su seno con nombres rutilantes como los de Antonio Angelillo, Vladislao Cap, Humberto Maschio, o Rubén Magdalena que luciera como zaguero en Boca.



La provincia de Buenos Aires le cedería al club unos terrenos ubicados en el predio de Santa Catalina, en la esquina de Boulevard Santa Catalina y Libres del Sud, donde estableció su campo de deportes que contó con tribunas de cemento, ingresando en la Tercera División de Ascenso de la AFA en el año 1952, ascendiendo en 1954 aún cuando no había sido el campeón, y ello por las condiciones de sus instalaciones, estableciendo además su sede. Luego continuaría con una serie de contratiempos de los que recién volvería en 1962, y dos años más lograr nuevamente el ascenso, facilitado por convertirse en filial de Boca Juniors, que había adquirido sus instalaciones por iniciativa de Alberto J. Armando, y la participación importantísima del “Gordo” Díaz y de Damonte Taborda. En ese período nacerían de sus entrañas otros recordados jugadores como Ángel Clemente Rojas, el ya señalado Rubén Magdalena o Ricardo Sotelo.

Luego habría de sobrevivir nuevamente numerosos problemas, entre ellos la devolución de las tierras al gobierno de la provincia de Buenos Aires, pero principalmente al adquirir Boca Juniors las tierras de la Candela, Arsenal dejó de ser quien le fogueara jugadores y poco a poco su estadio se fue destruyendo, pese a intentar una fusión con Juventud Unida de Llavallol la cual no prosperó, y con ello se selló definitivamente su disolución.

Precisamente dejaríamos para el final de estos clubes de barrio a uno paradigmático de Llavallol pero que además resume los esfuerzos de cada uno de ellos para sobrevivir en todos los tiempos de su existencia principalmente en estos tiempos de terapia intensiva. En el caso en particular se trataría de algo anunciado como el que nos relata el film "Luna de Avellaneda.



Ello, ni por asomo pasaba por la cabeza de aquellos jóvenes que en la mitad de la década del "30", precisamente en 1935 deciden agruparse bajo una institución que les permita desarrollar sus actividades deportivas. Entre ellos estarían los hermanos Raúl e Ignacio Duhalde que serían históricos dirigentes de la institución, hijos, junto con otros 8 hermanos y hermanas de don Bernardo Duhalde que poseía un horno de ladrillos en esos lugares, y que a su vez desarrollarían sus tareas laborales como gerentes de la reconocida firma Protto Hermanos de larga e iniciática trayectoria en nuestra industria local.

Comenzarían con sus actividades un 1º de marzo de 1935 en un terreno del ferrocarril situado hoy sobre la avenida Antártida Argentina y la sede en la calle Diego Gibson al 100, y ya en 1952 habrían de adquirir el predio en el cual levantarían el club sobre la misma Antartida Argentina al 2000, en el mismo lugar en que se encuentra a la fecha; y sería, como institución, un ejemplo a imitar.

En un reportaje que le efectúa el semanario "El Suburbano" del 1º de febrero de 2005, cuando la institución estaba por cumplir 70 años de vida, Raúl Duhalde, que en esos momentos contaba con 87 años de edad y hoy se acerca a los 100, recordaba todo lo que habían luchado para que esa institución llegara a ser esa realidad, pero le adosaba el valor de las mismas al señalar "...esta institución que llegó a tener 2000 socios...como las demás...son escuela de socialización maravillosa aunque muchas

autoridades no se den cuenta la función que cumplen este tipo de instituciones...).

No solo estaba planteando la valoración de estas instituciones sino también que resaltaba y se adelantaba a realidades que habrían de producirse con la aparición de funcionarios que privilegian los intereses que representan en detrimento de los de aquellos que han conformado nuestros clubes de barrio.



“Luna de Avellaneda” es la historia de todos los clubes barriales a los cuales les ha pasado por encima la historia y los desaguisados que se producían en el país en esos finales del siglo XX. Trataba de instituciones que en los mediados de ese mismo siglo habían podido surgir y brillar junto con el desarrollo del país.

La crisis general comenzaría a ahogarlas; la disminución de sus socios y de otras entradas genuinas hacía que cada día era más difícil poder mantenerlas y era así como llegaban los oportunistas que veían en ello un buen negocio.

Ya no podían seguir siendo encuentro de formación, de aprendizaje o del disfrute del ocio. Ello les había proveído de identidad y pertenencia. Y esa crisis posibilitaba la aparición de oportunistas que veían una veta económica, a la vez que creaba enfrentamiento entre los mismos integrantes de la institución, entre los que se aferraban a una realidad que ya no era tal y los otros, que como suele ocurrir, se abandonaban al pesimismo y a la derrota.

Esa historia de un club de barrio estaba contando, en pequeño, lo que ocurría en el país en un momento crítico de su realidad histórica, donde lo individual estaba venciendo a la solidaridad y a los vínculos de unidad nacional.. Atravesábamos como sociedad una crisis de disgregación donde desaparecían los valores que nos habían inculcado nuestros mayores y entrábamos a participar de la “timba financiera” y el “bingo”.

Todos conocen la historia, aunque ingenuamente pensamos que no habría de repetirse. Hoy, como si fuera “una muerte anunciada” vuelven los fantasmas y esas terapias intensivas se vuelven a llenar de pacientes, esta vez con la llegada de las bole-

tas de los servicios que deben y no pueden abonar esos clubes de barrio.



¿Cuál será el final de la película?

Lomas de Zamora, septiembre de 2016

